

EL COJO ILUSTRADO

AÑO I

10 DE DICIEMBRE DE 1892

Nº 23

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Francisco G. Pardo, *apuntes biográficos*.—El Hombre y el Microbio, *por el Dr. R. del Valle*.—Los Fósforos maravillosos (cuento de Andelsen), *traducción de Benjamín*.—La afinidad etnográfica de los guaguiros, *por el Dr. A. Ernst*.—Siluetas históricas: Miranda, Edecán de Cagigal, *por el Dr. A. Rojas*.—El Llanto: poesía, *por D. José Antonio Calcaño*.—Pérez Bonalde, *por M. Z. y T.*—Páez: oda, *por Francisco G. Pardo*.—Sensaciones de un turista, *por el Dr. José Gil Fortoul*.—Nuestros

Grabados.—El Tocador, *por la baronesa Staffe*.—A una flor de Mayo, *poesía de Domingo Garbán*.—El Taller del escultor, *traducido expresamente para EL COJO ILUSTRADO*.—Revista de la Quincena, *por Eugenio Méndez y Mendoza*.—Su cara mitad.

GRABADOS.—Francisco G. Pardo, dibujo á la pluma *por A. Herrera Toro*.—Caracas: Antiguo frente de la iglesia de Catedral y Plaza Bolívar, *de fotografía*.—Caracas: Vista de la antigua Pla-

za Bolívar *de fotografía*.—Su Santidad León XIII, cuadro *por Charlsan*.—La Guaira: El Cardenal, *de fotografía*.—La Guaira: Guanapa, *de fotografía*.—Calabozo: Calle de García, Calle de Miranda y Aguada de Sucre, *de fotografías*.—Dr. Leopoldo Baptista, Ministro de Correos y Telégrafos, *de fotografía*.—Obsequio fúnebre en memoria del malogrado joven Andrés Celis, *de fotografía*.—Diversas vistas de Caracas y La Guaira, *de fotografías*.—Música, *por A. D. Saumell*.



FRANCISCO G. PARDO

Dibujo á la pluma por A. Herrera Toro

FRANCISCO G. PARDO

Han corrido más de tres lustros, y sin embargo no hemos olvidado la hora en que PARDO, aún palpitante de emoción por el lauro conquistado en justa poética, llegaba en la misma noche de su triunfo á la morada de su ilustrado y buen amigo el señor General Juan Vicente Silva. Este, después de estrecharle entre sus brazos, le indujo á que recitara la oda que venía de ser premiada.

Revelando noble satisfacción, comenzó el poeta á declamar en medio al silencio de los que allí estábamos, su composición titulada: *El Poder de la Idea*. Aún conservan nuestros oídos, neto, preciso, el eco de aquella voz de puro timbre al pronunciar la primera estrofa:

Mueve tus libres alas
Y en alto arrojo, pensamiento mío,
Despliega al sol tus galas,
Luciendo noble y pío
De la augusta Verdad el poderío.

Cómo sonrío ahora al retrotraer á mi memoria la veneración y religioso temor con que ofí en aquel entonces, (contaba apenas 15 años) sin perder un ápice, recitar al propio autor su laureada obra! Veía en aquel acto como la cifra y compendio de toda la gloria á que puede aspirar el hombre; y tal era la fuerza de mi admiración por el poeta, que mató en mi espíritu todo propósito de crítica, sin siquiera permitirle observar la icterica envidia que trasudaban los rostros de los chasqueados émulo de PARDO que acompañaban al triunfador aquella noche. Ni mucho menos podía yo imaginar en mi entusiasmo, que la adoración inconsciente que sentía entonces por todas y cada una de las obras del poeta, había de ir disminuyendo con el tiempo y el estudio. Que hoy, si es cierto que admiro en PARDO estro á la veces y condiciones de conocedor estético nada despreciables, veo por sobre todo en él al versificador de innegable pericia, al adorador de la forma externa, pero nó á quien sabe encerrar en cofre de riquísima labor ni el sentimiento hondo de grandes pasiones, ni mucho menos el alto pensamiento de un cerebro genuinamente creador. De todas sus producciones quizá se salve sí de futuro olvido, y viva vida inmortal su admirable *Soledad*, joya preciosísima de la literatura hispanoamericana, y que contiene en sí todos los elementos constitutivos del lirismo más depurado y de una acabada belleza estética. También ha de recordarse siempre á PARDO, y estimársele en mucho por el empeño que mostró en sus *Indianas*—á imitación del egregio Yepes—de resucitar por medio del metro y la rima las leyendas y tradiciones que acerca de las luchas y amores de los aborígenes de nuestra América corren con más ó menos verdad histórica entre el pueblo. No es de poca valía tal intento, ni pobre en méritos sus títulos bien ganados como trabajador incansable en pró de nuestra lira nacional.

Mas no puede negarse que si las obras de PARDO merecen censura por algún respecto, no son en tan gran parte dañadas como las de otros poetas de los días cuyas producciones parecen hijas de cerebros flácidos. Y hay que convenir en que si á casi todas sus producciones le sobra una tercera parte de oropel y sonajerías, siempre queda á su favor una gran cantidad de elemento verdaderamente poético, muy digno de tomarse en cuenta, y por el que siempre será estimado, si nó como bardo de primera magnitud, sí como uno de los mejores y más sanos talentos venezolanos.

Nació este notable poeta en Caracas el año de 1830, siendo sus padres el señor Francisco de Paula Pardo y la señora Concepción Escurra.

Estudió en la Universidad Central hasta alcanzar con lucimiento el grado de Doctor en Ciencias Jurídicas y el grado de Abogado de la República. Sirvió después varios empleos de Gobierno, aunque según expresa uno de sus biógrafos, "ni el bufete ni la magistratura, ni la política llegaron jamás á cautivar su ánimo.....pues su ideal que residía en otras regiones, le arrastraba más lejos....."

Como hombre, la figura de PARDO no podía olvidarse una vez vista: era pequeño de cuerpo, á usanza de los grandes hombres; varonilmente apuesto y de fisonomía distinguida; cuidadoso en

el vestir; y bajo su traje se adivinaba en él al hombre de nervios vibradores; dando sus claras al par que brillantes pupilas, idea y fianza de los pensamientos que germinaban en su cerebro.

Era, como perfecto caballero, gala y ornato de la sociedad caraqueña; buscábase con agrado su compañía; su decir, intencionado y siempre culto; su verborrosidad, de buena ley; y como decidido admirador del bello sexo, sus talentos y amenísima conversación hicieron nacer amor en más de un alma de mujer.

En los más de los certámenes en que como poeta tomó parte conquistó los primeros premios.

Y después de arrastrar una mísera existencia en esta tierra nuestra, tan indolente y perversa para los hombres en cuya frente luce alteza intelectual, murió de.....lo que más vale callar porque es mengua y vergüenza para sus compatriotas.

Como poeta, no fué PARDO lo que se ha dado en llamarse *genio*, ni "rey de los poetas venezolanos" como algún amigo suyo ha expresado con más cariño que justicia; pero sí fué bardo muy discreto, versificador notable, y por cima de todo poseyó grandes cualidades morales que harán su memoria siempre querida y respetada.

En otra sección publicamos algunas de sus poesías, y al pie de estos renglones su preciosa *Soledad*, que repetimos ser—á nuestro humilde juicio—la flor más delicada de su corona artista.

SOLEDAD

¿A qué tan dulces horas
Traer al corazón, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó como lumbre fugitiva?
Callada está la ola
Del blando río; el aura no despierta;
Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor . . . la tuya; ¡muerta!

Mira el bosque, sombrío;
Mustio el ciprés; fatídica la nube;
Y tu suspiro, frío!
Como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor, abrigo,
Allí está; ¿no la ves? seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.

¡Iris de mil colores,
Que espléndido brillaste una mañana,
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de zafiro y grana!

Todo sobre la ola
Pasó del tiempo, con tu amor y el mío;
Y mi alma está sola!
Y está sin tí mi corazón vacío.

EL HOMBRE Y EL MICROBIO

Dedicado al insigne escritor Dr. Aristides Rojas

Ningún erudito investigador ha podido decir todavía en que remota época de la historia la onda del vino salió por vez primera de la bullente cuba para verter sus misteriosos estímulos en el cerebro humano.

Nadie puede saber tampoco cual habrá sido el primer habitante del globo terráqueo que sintió la piel encendida, el pulso acelerado, lánguido el cuerpo, dolorida la frente por efecto de la infección miasmática que en breves horas le precipitó en el sepulcro.

Si ya en 5,064 antes de Jesucristo el legendario rey Menes de la primera Roma Faraónica brindaba á sus convidados la alegría almacenada en el sumo afeño de las vides egipcias; si ya en la primer aurora rudimentaria de la vida humana el invisible aliento del pantano comenzó á hacer sus víctimas, cosas son que permanecen veladas por el impenetrable velo de los siglos prehistóricos.

La verdad es que en todos los pueblos, desde los que elevados á un excesivo grado de cultura usaban para sus libaciones copas de oro, hasta los que no habían podido obtener más que la tosca ánfora de barro, han buscado en las bebidas fermentadas la simpatía en las expansiones amistosas, el olvido en los momentos de angustia, el valor en las horas de combate, y la embriaguez por costumbre y hasta la decisión incua para realizar criminales intentos.

Del mismo modo la pálida muerte como dice el poeta latino, ha hollado con igual planta el palacio del magnate y la humilde choza del mendigo.

Ebrios y enfermos han experimentado siempre los respectivos efectos del vino y del miasma, mientras que el agente poderoso de la infección y los licores ocultaban en los abismos de lo infinitamente pequeño el secreto de su existencia.

Un día la Física, combinó ingeniosamente varios cristales de abertura focal distinta, y los agregó al ojo humano para que se asomase por ellos. Los Newton y los Hershell siguieron el rayo de luz que bajaba de la altura y el asombroso albergue de lo infinitamente grande comenzó á revelar el secreto de sus arcanos sublimes. Los Levenok y los Carnard siguieron las irrisaciones de la gota de agua que salpicaba el suelo y el mundo de lo infinitamente pequeño fué sorprendido en sus impalpables guaridas.

¡El hombre vió que el incomprendible imperio de la vida traspasaba los términos que su ignorancia le había trazado!

En la profunda inmensidad del espacio flotaba la estrella albergando sin duda á humanidades diversas!

En el limitado recinto de la gota pululaba el microbio fortalecido por la asociación de sus congéneres!

En un principio su excesiva pequeñez hizo que se le contemplara solamente como á una cosa nada menos que curiosa.

¿Cuál podría ser su valimiento? ¿Se necesitaban nada menos que un millón para cubrir una superficie de un milímetro cuadrado!

Un sér, cuyo volumen había que medirlo por milésimas de milímetro, qué influencia podría ejercer en las cosas?

Pero de pronto, la observación empezó á demostrar un hecho extraordinario: la rapidez de su multiplicación! En donde existían tan sólo dos por la mañana, se contaban millares por la noche: billones al día siguiente; jamás se había ideado proliferación tan estupenda! Pero se observó algo más grave: se observó que su vitalidad era tan asombrosa, que resistían tanto á las más bajas cuanto á las más altas temperaturas. Era necesario pasar de las cifras de la ebullición del agua para que pereciesen y aún en medio de su postrera agonía, expulsaban el esporo, la semilla, cuya resistencia era todavía mayor.

La asociación y la resistencia hacían, por lo tanto, de algo imperceptible, algo gigantesco: de un sumando despreciable una cifra poderosa: de una debilidad, una fuerza.

El hombre vió con asombro incabable que el imperio de lo infinitamente pequeño es el más vasto de la creación entera! Amparados en su invisibilidad habían clavado el pabellón de sus conquistas en el velo de gases de la atmósfera, en el movetizo cristal de las aguas, en las apañadas moléculas de todos los terrenos, en los tegidos de todos los organismos superiores.

Ellos son los que al encontrar disueltas las sustancias azucaradas en las cubas se nutren de ellas y las trasforman en alcoholes.

El alcohol, el vino, la cerveza, son los menudros de sus silenciosos banquetes.

Ellos son los que, penetrando en los pulmones por medio del aire respirado, forman colonias en el seno de los delicados tejidos alveolares á cuyas expensas se nutren y procrean.

La tísis, que diezma á la humanidad; la tísis que elige por víctimas á los organismos juveniles, en esa pintoresca edad en que se abre el corazón á los grandes y generosos afectos y reflejan en la mente los mundanales atractivos á través del dorado prisma de las ilusiones, la tísis es el venenoso menudro que los microbios elaboran.

Poseionados á veces de ciertas zonas de la tierra, fulminan sentencia de muerte sobre el extranjero que se atreve traspasarlas.

Unos hombres del oriente, so pretexto de religión y cultura, arrebatában al indio la posesión de sus riquísimas comarcas y enardecidos por la fiebre del oro, los esclavizaban y destruían, y el microbio del vómito negro teñía con los amarillos colores del ansiado metal la frente del extranjero y aniquilaba también sus conquistadoras huestes.

El indio quebró su arco é inclinó la frente sometiéndose al vencedor: el microbio no ha abandonado todavía sus mortíferas trincheras.

Un atrevido geometa pretendió separar dos continentes y mezclar en íntimo abrazo las aguas de dos mares: para la realización de sus proyectos acudían en tropel animosos braceros de la Francia: la bacteria palúdica no había prestado su consentimiento á la obra y arrebatada al trabajo y á la vida el setenta y cinco por ciento de los inmigrantes.

El fanatismo religioso de un pueblo hacina millares de peregrinos en torno del santuario del profeta; el bacilo espiral del cólera morbo convierte con frecuencia la humilde zalema del creyente en el supremo estertor de la muerte.

A veces los impalpables ejércitos de microbios, á semejanza de los que concitan las naciones para



CARACAS — ANTIGUO FRENTE DE LA IGLESIA DE CATEDRAL Y PLAZA BOLIVAR

invadir y conquistar nuevos territorios, abandonan sus nativas comarcas y pasean sus hordas exterminadoras por los pueblos más distantes.

El Atila del Ganges se aprovecha de los más rápidos medios de locomoción moderna é invade en breves horas lo mismo la estepa rusa que la landa francesa, las riberas del Báltico que las del Mediterráneo, sin preocuparse de los tratados ofensivos y defensivos ni de la triplicidad de las alianzas.

Pero no siempre el mundo de lo infinitamente pequeño emplea sus fuerzas en la devastación y la ruina.

Además de su cooperación generosa en la industria humana, apenas hay hecho natural en que falte su concurso.

Coloca el agricultor sus granos en la tierra para que abundantes cosechas retribuyan sus labores y éstas no tendrían un éxito favorable si no las favoreciese la presencia de esos impalpables séres. Ellos descomponen las sustancias orgánicas para que la planta extraiga los elementos de que se nutre. El amoníaco y los nitratos brotan del estercolero como los carburos de las materias sacarinas y el vastísimo reino vegetal encuentra en la beneficiosa intervención de la bacteria un eminente auxilio para la germinación y crecimiento.

En otras ocasiones deja el microbio de ser el azote de la humanidad; deja también de ser el colaborador de la agricultura y de la industria, y aparece revestido de las simpáticas inclinaciones del artista.

Cuando en noche serena cruzáis el mar y recostados en la baranda de la popa observáis la estela que va dejando en su rápida rotación el hélice del navío, experimentáis una verdadera sorpresa. Todo aquel rastro es un reguero de luz! La cola de un gran cometa que flota sobre las aguas conmovidas! Una incomprensible mezcla de irradiaciones y de espumas!

¡Es que el microbio, que ha tomado posesión del Océano, ilumina con sus fosforescencias el sendero de la nave con que el genio del hombre ha sabido vencer el valladar de las olas!

La ciencia denomina bacterias cromógenas á las que tienen la propiedad de producir colores

especiales sobre los objetos en que se sitúan. La obra de su pincel es á veces indeleble, cual si destinados á perecer buscasen, la inmortalidad en la persistencia de sus artefactos.

En los primeros albores de la bacteriología, mientras el hombre creyó que la misión de los microbios estaba limitaba únicamente á servir los fermentos para la producción de los alcoholes, saludó entusiasmado su presencia y se dispuso á favorecer su desarrollo para hacerle su aliado.

Pero un día un naturalista célebre, Davine y un ilustrado químico, Pasteur, observaron que en la sangre de los bovinos muertos por la pústula maligna, bullían unas partículas, de forma alargada, semejantes á pequeños bastoncillos. ¿No será esto la causa, se preguntaron, de la horrible Epizootia? A la repentina hipótesis siguió la confirmación irrecusable.

Colocados aquellos parásitos en caldo, en leche, en sangre, se multiplicaban y crecían de un modo extraordinario: inoculando bajo la piel de una ternera sana una cantidad mínima de aquel líquido, el animal sucumbía en breves horas á la enfermedad pustulosa. ¡Ellos, los bastoncillos microscópicos, eran los criminales!

El primer impulso de los sabios fué pedir á la terapéutica un medicamento para aniquilarlos. El decreto de su exterminio puso en acción todas las retortas de los laboratorios! Las esperiencias clínicas no respondían, sin embargo, á los esfuerzos científicos.

Con vitalidad mayor que los organismos superiores, resistían de tal modo, que aquellos hubieran sucumbido antes que ellos al veneno curativo.

Entonces, á semejanza de lo que sucede con los ejércitos demasiado poderosos, se inquirió su flanco débil y no tardaron los investigadores en encontrarlo.

A Pasteur cupo la gloria del acertado descubrimiento. Los microbios eran domesticables! Cultivados en los frascos del laboratorio, mantenidos en sustancias orgánicas especiales, adquirían es verdad un desarrollo extraordinario; pero sometidos á ciertas temperaturas, á las corrientes de ciertos gases, perdían poco á poco sus violentos impulsos y se convertían en aliados del hombre que los ha aprovechado para que combatan á sus

congéneres. Es la guerra civil en que combaten hermanos con hermanos!

La hidrofobia hacía estragos: un individuo mordido por un perro rabioso, era un sentenciado á espantosas torturas que terminarían indefectiblemente por la muerte: la medicina se declaró impotente ante el conflicto: pero Pasteur sorprendió al virus atrincherado en el cerebro del animal canino. De allí lo extrajo y lo inoculó en el cerebro de un herbívoro, del conejo, del pobre conejo eterna víctima de las investigaciones biológicas. El virus, encarcelado en un medio distinto, se enfureció más, se hizo más activo, pero adquirió propiedades distintas. Muerto el conejo, el sabio observador tomó la médula espinal, la introdujo en un frasco, esperó á que se iniciara la desecación, y disolviendo un pedazo en un poco de caldo, lo inoculó bajo la piel de un niño que había sido mordido por un perro rabioso. Trascurrieron días, días de indescriptible ansiedad para el mundo científico: pero pasó el tiempo, meses y meses, y la salud del futuro hidrófobo no experimentó cambio alguno. ¿Qué había pasado allí? Un acto fisiológico explicable. El virus rábico natural necesita por término medio cuarenta días para hacer explosión: el virus domesticado lo hace en seis días: el primero perturba mortalmente las funciones nerviosas: el segundo pierde en intensidad, lo que gana en rapidez de acción. Cuando trascurridos cuarenta días el virus salvaje ordena el ataque para someter á su imperio el organismo humano, se halla de repente con que hace ya muchos días que el virus civilizado ha tomado posesión de la plaza, ha agotado las provisiones: ha hecho un tratado de paz con las células amenazadas, las cuales se encuentran en aptitud de resistir y triunfar. La gota del virus que titilaba en la mano de Pasteur temblorosa de emoción al inocular al joven Mastey, fué el primer albor de un gran día que el porvenir llegará á esclarecer.

La inteligencia es el alma del universo, y el hombre, situado en el punto medio, en el mezo-bos, está destinado á arrebatar á la Esfinge de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, sus más íntimos secretos.

LOS FOSFOROS MARAVILLOSOS

(CUENTO DE ANDELSEN)

soplaba un aire siberiano, nevaba y la noche era negra, muy negra; tanto como los pesares más hondos y las penas más grandes. Era la primera de un año y la última de otro; iban con una un mundo de experiencias y desengaños, venían con la otra ilusiones y esperanzas sin fin. A pesar del horrible frío que sentía y de la oscuridad que reinaba, vagaba errante por la calle una niña muy pequeña, pobremente vestida y la cabeza descubierta. Cuando salió de su casa tenía puestas unas babuchas que de nada le sirvieron. Eran anchísimas; tanto, que mejor que babuchas parecían dos barcas a propósito para vadear algún río. La niña andaba apresuradamente á causa del frío que sentía, y en su apresurada marcha perdió los zapatos, causándole su pérdida la mayor consternación.

¡Cómo le iba á decir á su madre que había perdido las babuchas! Decididamente, si no las encontraba no volvía á casa: ¡qué había de volver!

Entregada á los más tristes pensamientos, caminaba la pobrecita con los piecitos desnudos, que el frío tenía de encarnado y azul, llevando en su delantal muchos fósforos de madera y un puñado también en la mano. Nadie durante el día le había comprado un solo manojito: por añadidura no había dado con quien le diese un mísero perro chico por compasión. De ahí que, cariacontecida y hostigada por el hambre y el frío, anduviese penosamente, manifestando en su rostro angustiosa desazón.

¡Pobrecilla niña! Los copos de nieve caían sobre su larga y dorada cabellera, que en ensortijados rizos rodeaba su nevada frente; pero la niña no fué nunca dada á la vanidad y se preocupaba poco por aquella inesperada contrariedad. Lo que sí la afligía y molestaba en extremo era el frío que sentía, aquel pícaro frío que la conseguía martirizar.

En un recodo formado por dos casas que hacían ángulo se sentó acurrucándose; y, á pesar de que encogió cuanto pudo sus desnudos pies, el frío la mortificaba cada vez más. Faltóle valor para volver á casa sin zapatos y sin haber vendido un fósforo. Su padre le pegaría, y, además, en su miserable albergue, apenas si encontraría más calor que en la intemperie. No tenían más cubierta que el techo, por el cual, silbando, se introducía el viento, á pesar de haberse tapado los resquicios mayores con paja y trapos á falta de mejor provisión. Sus manitas estaban ateridas. ¡Oh! ¡Cuánto consuelo podía prestarle un solo fosforito si se atreviera á separarlo del manojito y, frótándolo contra la pared, calentarse con él los dedos! Sacó uno. ¡Risch! ¡Cómo ardía chisporroteando! Brotó una calurosa y clara llama semejante á la de una velita. La niña aproximó á ella su manita ahuecada: ¡Era una luz maravillosa!

Frotó entonces otro, y, encendido, ardía alumbrando; y, al extender sus resplandores en la húmeda pared, tomó esta la diáfana transparencia del más primoroso cristal. Súbitamente apareció á su vista un lujoso aposento donde había una mesa cubierta con blanquísimos manteles y finas porcelanas. Y fué lo más portentoso que el ave que se veía en la fuente central saltó al suelo y, andando clavados aún en su lomo tenedor y cuchillo de nacarado mango, venía en derechura hacia ella. Entonces se apagó el segundo fósforo, viéndose sólo el helado y grueso muro.

Encendió un nuevo fósforo.—¡Fuera miedo!—se dijo.—De todas maneras no he de volver á casa.—¡Risch! ¡Jesús mío, lo que vió! De repente encontré sentadita bajo el más ostentoso árbol de Navidad que había admirado en los escaparates del comerciante más rico de la ciudad. Miles de lucecitas ardían entre sus verdes ramas; estampas de variadísimos colores, y otras mil lindezas y primorosos juguetes, colgaban por todas partes al alcance de la mano. La niña levantó los brazos, abrió una de las manos... y se apagó la maravillosa luz.

Las luces de Noche Buena se elevaron, y vió entonces que eran las argentadas estrellas que tachonaban el ancho firmamento. De pronto cayó una, dejando tras sí en la celeste bóveda un luminoso rastro.

—¡Ahora muere alguien!—pensó la niña, pues su anciana abuela, única persona que la había amado y ya no existía, solía decir: —“Cuando cae una estrella, un alma vuela desde la tierra á Dios.”

Volvió á restregar otro fósforo contra el muro, y á su claridad se le presentó su abuelita, resplandeciente, apacible y dulce.

—¡Abuela!—exclamó la niña.—¡Oh! ¡Llévame contigo! Sé que también has de irte cuando se apague el fósforo, lo mismo que la caliente estufa, el hermoso pavo asado y el magnífico árbol de Noche Buena.

Frotó repentinamente los fósforos que le quedaban en el manojito, queriendo á todo trance no perder de vista á la querida aparición. Aquellos fósforos encendidos daban tanta claridad como un sol de mediodía. Nunca vió á la abuela tan arrogante y hermosa. Levantó la pobrecilla sus brazos, y en medio de deslumbrantes resplandores voló hacia las alturas. Allí no sintió ni frío, ni hambre, ni miedo: estaba con Dios.

Al despuntar la fría mañana, apareció sentada la infeliz criatura en el recodo formado por las dos casas, con las mejillitas encarnadas y los labios sonrientes. Sus yertas manos sostenían un puñado de fósforos á medio quemar, y sobre de ellos copos de nieve que parecían rosas blancas: eran la virginal corona que los ángeles, sus hermanos, mandaban desde el cielo al pequeño cadáver.

—¡Ha querido calentarse con estos fósforos!—decían los transeuntes.—Pero en rigor nadie supo de las maravillas que había visto ni los arreboles que le rodearon al abrazar á su abuela en el cielo el día de Año Nuevo.

Traducción de BENJAMÍN.



CARACAS — VISTA DE LA ANTIGUA PLAZA BOLIVAR
(Después de tumbar los portales)



SU SANTIDAD LEON XIII, CUADRO POR CHARTRAN

LA AFINIDAD ETNOGRÁFICA DE LOS GUAGIROS

POR A. ERNST

II

Antes de entrar en pormenores demostrativos, conviene decir algo de los nombres de ambas tribus.

Por razones de etimología preferimos escribir *guagiros* y no *goagiros*, como es costumbre. Uricoechea (Introducción a la Gramática de R. Celedón, pág. 13) deriva el nombre correctamente de *guayú*, plur. *guaynira* (hombres, gente). Esta palabra *guayú* no es otra cosa que el plural del pronombre personal de la primera persona usado como sustantivo enfático, de modo que significa literalmente "nosotros los hombres ó la gente *par excellence*". La lengua arhuaca tiene la misma palabra. Schultz escribe *waiju* (según la pronunciación alemana), y no parece imposible que también el nombre *Guayana* perteneciera á esta raza, de modo que sería "nuestro país," ó tal vez "el país de los hombres." Debemos sin embargo confesar que la pronunciación de los guagiros distingue á penas entre *u* y *o*: en vez del sonido claro de estas dos vocales tiene uno intermedio que se parece bastante á ambas.

Los arhuacos mismos se dan el nombre de *locón* ó *lucón*, y rechazan como ofensivo el de *arhuacos*. Es en general cosa bastante común que un pueblo, ó una tribu, tenga dos nombres: el uno es en tal caso de uso ordinario entre los vecinos y la gente foránea; mientras que el otro sólo se entiende entre los mismos miembros de la tribu, y á menudo ni siquiera se pronuncia delante de los extraños. Sabemos del informe de Simons que los guagiros tienen esta costumbre con respecto á sus verdaderos nombres individuales; y sería curioso averiguar si de la misma manera tienen un nombre general para toda la tribu. No podemos afirmarlo, aunque hay algo que parece indicar que en efecto es así. La palabra *iricu* ó *erlicu*, que significa ordinariamente "carne" (v. g. *pa-iricu*, carne de vaca), se usa al mismo tiempo como equivalente de "parcialidad," ó sea *clan* ó *gens*, sin duda en alusión á la consanguinidad que existe entre todos sus individuos. La lengua arhuaca tiene la misma palabra *issirukuhu* con el sentido de "carne," y ambas formas corresponden exactamente al nombre *lucón* ó *locón* que se dan á los arhuacos. Las vocales *u* y *o* se cambian fácilmente, y las consonantes *l* y *r* difieren tan poco en las lenguas de los arhuacos y guagiros, que á veces es casi imposible distinguir cuál de ellas se pronuncia. (1)

Consta, pues, que *lucón* ó *locón* es el nombre esotérico de los arhuacos, y es muy probable que también los guagiros usasen antes la voz *iricu* en el mismo sentido para designar la tribu entera, en vez de nombrar así sólo sus parcialidades.

El nombre *guagiro* ocurre también fuera de Venezuela, v. g. en la isla de Cuba, donde se llama así á la gente del campo. *Brinton* deriva la palabra del arhuaco *wacai-yaru* (sucio, ruin). Dudamos mucho de que esta explicación sea aceptable, y opinamos que también en Cuba este nombre *guagiro* tiene el origen indicado arriba. En Venezuela hubo antes varios lugares no situados en la península, en cuyos nombres aparece la misma palabra. Así se habla en la Visita del Obispo Martí, año de 1776, al tratar del territorio parroquial de la ciudad de El Tocuyo, de tres sitios llamados San Benito de *Guagira*, Nuestra Señora de Chiquinquirá de *Guagira* y San José de *Guagira* (fol. 244 v., 247 r. y 247 v.). Todos estos nombres, lo mismo que el de los guagiros cubanos, y de los guagiros de la península, tienen idéntico origen arhuaco, como más abajo expondremos.

Hemos encontrado además el nombre *guagiro* en la siguiente observación muy curiosa del cronista Oviedo (libro 29, capít. 26; Tomo III, pág. 129 de la edición de 1853): "En algunas provincias de Castilla del Oro se llama el señor (ó cacique) *tiba*, en otras partes de ella se dice *jura*, y en algunas *guaxiro*; pero este nombre *guaxiro* hánle tomado de los caribes, que no es propia de Cueva, sino allegado y extranjero." No sería imposible que en "Castilla del Oro," es decir en la parte Norte de Colombia, haya habido guagiros, y el error de Oviedo en considerar este nombre de origen caribe, se comprendería si acaso una horda de guagiros hubiese llegado á aquella costa por mar, para invadir el país, como acostumbraban hacerlo los caribes.

El nombre *Guagira* aparece por la primera vez, que sepamos, en los dos grandes mapas de

la América, dibujados 1527 y 1529 por Fernando de Colón y Diego Ribero, respectivamente, de orden del Emperador Carlos V. Los originales están hoy en la Biblioteca gran ducal de Weimar; fueron publicados varias veces, y con especial cuidado por J. G. Kohl. (*Die beiden ältesten General Karten von América; ausgeführt in den Jahren 1527 und 1529 auf Befehl Kaiser Karl's V.* Weimar 1860; y tomo en folio mayor, con dos grandes mapas facsimiles). El editor citado lee *gohire*; creemos probable que la letra gótica *ch* sea una contracción de *ah*, lo que daría *gohire*. Al lado está el nombre *tu-curaca*, que aún hoy corresponde á una ensenada en la costa de noreste de la península.

Varias etimologías se han ensayado del nombre de los arhuacos. Ofrecemos la siguiente por lo que valga. Está comprobado que este nombre les fue dado por las tribus vecinas, es decir, por sus enemigos, y que ellos mismos lo rechazaban como ofensivo. Siendo esto así, podría venir de las voces tupí-guaraní *aruiá-cai*, hombre quieto, cobarde; y bien podrían llamar los belicosos tupí de este modo á unos indios, cuyo carácter manso y pacífico es aún hoy notorio. Viene en apoyo de esta etimología la forma más antigua en la que conocemos el nombre. Oviedo (Historia general y natural de Indias, Libro 24, cap. 3; vol. I, pág. 216 de la edición de 1852) menciona una aldea de indios llamada *Aruacay*, en el B. Orinoco, á orillas de caño Vagre; y en el capítulo 17 del mismo libro, (pág. 266 á 268) da de sus habitantes una descripción que es bastante exacta aún de los arhuacos actuales. No sería imposible que el nombre *Aragua* que llevan varios lugares en Venezuela, tuviese el mismo origen. Otros derivan el nombre arhuaco de *haru*, voz que en lengua arhuaca significa "almidón, harina fina," y dicen que significa "los que comen harina" (de yuca). Lo cierto es que de la dicha palabra viene, por corrupción, el inglés *arrow-root*.

Totalmente diferente de los arhuacos de Guayana son los indios arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, cuyas lenguas no tienen ninguna relación con las de los guagiros y de los arhuacos de Guayana. (Véase la Gramática y el Vocabulario de la lengua Kögga por R. Celedón, y los apuntamientos correspondientes de J. Isaacs en el "Estudio" arriba citado). La palabra *arhuaco* pertenece sin embargo á la lengua guagira, porque se deriva del verbo *arhuatá*, correr, huir. El nombre significa por consiguiente "los que huyen," y se lo dieron los guagiros, de quienes sabemos con toda seguridad que, al tomar posesión de la península, desalojaron de ella sus antiguos habitantes, los cuales fueron refugiándose á la Sierra Nevada.

Finalmente debemos hablar de un gentilicio muy importante para el asunto que nos ocupa. Los guagiros llaman á los españoles *arijuna*, palabra que evidentemente es idéntica al nombre de los *arecunas*, una de las más poderosas tribus caribes de Guayana, y desde tiempos inmemoriales enemigos acérrimos de los arhuacos. ¿Será una mera casualidad que los guagiros dieran á los españoles, sus últimos perseguidores, el mismo nombre que llevan los opresores de su raza en las selvas y sabanas del Essequibo? ¿O tenemos en esta coincidencia sorprendente algo como el eco de unos recuerdos antiguos? Confesamos francamente que lo último nos parece más probable, y vemos por consiguiente en la palabra *arijuna* un indicio confirmativo de nuestra suposición de buscar en la Guayana la patria de los guagiros, de la que salieran, lo mismo que muchas otras tribus arhuacas, huyendo de las persecuciones sangrientas de los caribes, venidos, según parece, del centro del Brasil.

SILUETAS HISTÓRICAS

MIRANDA, EDECAN DE CAGIGAL

De una antigua y noble familia de Santander, la de Cagigal de la Vega, que dió glorias á España, desde remotos tiempos, descendientes los militares distinguidos, los ilustres Cagigal de Santiago de Cuba y de Venezuela, desde mediados del último siglo. Uno de los hijos del marqués de Casa Cagigal, brilla por sus servicios y talentos durante la primera mitad del último siglo, en Santiago de Cuba y siempre vencedor del inglés, ya de Vernón, ya de Knowles, al frente éstos de poderosas armadas. Jefe en el ejército español contra Inglaterra y siempre victorioso, el noble castellano remató su gloriosa carrera en España, de edad avanzada, y muere al comen-

zar los inmortales sucesos de aquende el Atlántico, que debían traer la creación de la República en el Nuevo Mundo.

De un Cagigal cubano, Don Juan Manuel, es Miranda edecán, en la guerra norte-americana. Al lado de este Cagigal, segundo de Galvez, en esta época, Gobernador de la Habana, militar distinguido, de grandes servicios á la corona de España, tanto en Europa como en América, comienza Miranda su carrera militar. Una amistad no interrumpida entre el jefe y el edecán, durante treinta años, afianzada por comunes desgracias y coronada por el más espléndido triunfo de la justicia humana, constituye una de las excelsas glorias de Miranda. Otro Cagigal americano, del mismo nombre, compañero de Miranda en las guerras de Washington figura en el ejército español que combate á los republicanos de Venezuela desde 1813 á 1817. Siempre digno, siempre apuesto aparece este jefe realista que continuó con honra y gloria la carrera de sus progenitores. Otro Cagigal americano, Gaspar, militaba en Venezuela, cuando muere en 1810. Pero tras éste está el Cagigal Venezolano, hijo de Barcelona, Juan Manuel que, cual timbre de honor, lleva el mismo nombre de sus predecesores. Hijo ilustre de Venezuela, estaba destinado, al nacer la República de 1830, á fundar en ella los estudios matemáticos y á dejar un nombre, el nombre ilustre de su familia, hermoseoado por la ciencia y sostenido por la gratitud nacional.

Si de los miembros americanos de la ilustre familia Cagigal, dos del mismo nombre son glorias de Cuba y de España, el tercero, llamado también Juan Manuel, es gloria de Venezuela y del mundo científico. Por el amor al patrio suelo dejó posición, gloria, honores, al abandonar las márgenes del Sena por las brisas del Avila. Superior á sus condicéculos por sus talentos y aptitudes, al envejecer contempló á sus sabios colegas en el zenit, y vió ocultarse el sol poniente, en las costas que contemplaron las Carabelas de Colón. Así el último descendiente de una ilustre familia de los Pirineos, constituyó la corona de gloria que iba á sellar la tumba de sus ilustres descendientes en la América española.

Al concluir la guerra entre Inglaterra y la República de Washington, un incidente imprevisto, obliga á Miranda á dejar la Antilla cubana, á despedirse de su Jefe y admirador el General Cagigal y á seguir cerca de Washington á quien deseaba tratar. Eran los días de 1783.

Un escritor peninsular, de conocido nombre, miembro de la Academia de la Historia, Don Jacobo de la Pezuela, en una obra publicada en 1863, que lleva por título *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*; al hacer el autor el encomio de Cagigal, después de haber vencido á los ingleses en las Bahamas, en 1782, y burlado las vigilancias del Almirante inglés Rodney, agrega:

"Se había apoderado de toda su confianza un capitán graduado de teniente coronel del Regimiento de Navarra, llamado Don Francisco Miranda, natural de Venezuela. Predorado de su valor y despejo, lo autorizó para que en su nombre despachase algunos asuntos que no fuesen de absoluta competencia de la primera autoridad. Pasó como parlamentario á Jamaica para negociar un cange de prisioneros; y no fué este el solo asunto que ocupó á Miranda cuando estuvo en Kingston. Habiéndose puesto de acuerdo con varios especuladores de la Habana, cargó de géneros de contrabando la goleta en que fué á desempeñar su comisión, y los desembarcó en Batabanó sin dejárselos reconocer á un puesto de aduaneros, que comunicaron de oficio esta ocurrencia al intendente Urriza. Cagigal, sin considerar la gravedad del hecho, procuró en vano que Urriza lo atenuase: pero lo denunció á la corte el intendente, y Miranda se escapó dejando comprometida la opinión de su general después de haber obrado sin acuerdo suyo."..... (*)

Aplicando la crítica más severa á estas aseveraciones del historiador, nos parece Miranda un contrabandista vulgar, un hombre infidente, y un oficial indigno del respetable jefe que en él había depositado tanta confianza. Pero si esto se desprende del simple examen de las frases del historiador, hechos de carácter más trascendental, nos hacen aparecer á Miranda, no como contrabandista y desleal, sino como oficial digno, meritorio y lleno de consideraciones á los ojos del ilustre jefe.

Miranda al dejar la Antilla española se despidió de Cagigal y éste le contesta en términos altamente honrosos:

"Siga usted, en horabuena, el plan de su idea, escribe Cagigal, pero merézcale mi amistad y mi cariño el único favor de que interin yo le aviso desde Madrid las resultas de éstos particulares, us-

(*) PEZUELA.—Obra citada.

(1) Es la misma confusión fonética que existe en la pronunciación vulgar del castellano en muchos países americanos.



LA GUAIRA. — EL CARDONAL

ted no debe de tomar partido ni variar sus promesas en un punto.

"Yo por obligación, y en justicia debo manifestar al Rey el distinguido mérito de sus servicios de usted, como testigo que soy de ellos; y así mismo las ventajas que al estado pueden resultar de sus conocimientos y constante aplicación. La emulación es constitutivo del mérito como del cuerpo la sombra; y así no es extraño lo que á usted sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por la misma senda; bien que de todos modos es injusto y sensible.

"Usted es joven aún, y se halla como sabe propuesto ya en dos ocasiones para coronel con sueldo; espero que con mi llegada á la corte se dé curso á esta instancia, y que informado S. M. mejor de los servicios y carácter de su persona de usted logre mayores satisfacciones; teniendo sus amigos la de verle en nuestro país con gusto general, y yo satisfacer el cariño paternal con que siempre he mirado su persona."

No contento con esto Cagigal quiere todavía ser más espléndido y envía á Miranda una carta de recomendación para el Encargado de Negocios de España cerca de Washington. Es la siguiente:

"Mi Edecán el teniente coronel Don Francisco de Miranda, se dirige á esas provincias de paso para Europa, según me avisa: esta circunstancia y la de ser sugeto de mi mayor aprecio, por sus distinguidas cualidades y honradez, me obligan á recomendarle á usted, para que le favorezca en cuanto esté de su parte, durante su residencia en ese continente.

"Algunas desazones ocurridas últimamente con el ministro de Indias, promovidas por envidia de algunos émulos suyos, le tienen disgustado, y bastante resentido: he de merecer á usted que, con la reserva debida, contribuya por su parte á contentarle, á fin de que no se segregue del estado uno de sus mejores oficiales, y hombre de vastos conocimientos.

"Si necesitase algún dinero he de merecer á usted igualmente se lo suministre, librando sobre mí dicha cantidad en España, desde donde comuni-

caré á usted mi llegada, hallándome próximo á partir. Cuantas finezas hiciese usted por Don Francisco de Miranda, serán otros tantos favores, á que viviré sumamente reconocido, y al tanto obligado.

B. L. M. de usted su más atento seguro servidor.

(Firmado) JUAN MANUEL DE CAGIGAL.

Señor Don Francisco Rendon, etc., etc., etc."

Pero hay algo más que esto, y es que Cagigal envió á Miranda una carta de introducción para Washington, que es la siguiente:

"Ya que las presentes circunstancias no me han permitido concluída la guerra, y de regreso á España, visitar esos famosos países, y tener el honor de conocer personalmente al Fabio de estos tiempos, como lo había premeditado; permítame V. E. lo haga por medio de esta carta, ofreciéndome á su disposición, y recomendándole al mismo tiempo mi Edecán el teniente coronel Don Francisco de Miranda, que con el propio designio se acaba de embarcar para Philadelphia: su carácter, instrucción y demás circunstancias me han merecido siempre singular distinción y espero le hagan acreedor igualmente al aprecio y estimación de V. E. que celebraré infinito.

"Soy constante admirador de las heroicas virtudes de V. E.; y por lo tanto tendré siempre singular satisfacción en servirle, y que me mande cuanto fuese de su mayor agrado.

"Nuestro Señor guarde su apreciable vida muchos años, y conserve sus gloriosos hechos á la inmortalidad.

Habana: 26 de mayo de 1783.

Exmo. Señor

B. L. M. de V. E. su más atento y seguro servidor,

(Firmado) Juan Manuel de Cagigal.

Teniente general.

Excmo. Señor Don Jorge Washington, etc., etc., etc." (*)

(*) ANTEPARA.—Documents, historical and explanatory, showing the designs which have been in progress and the exertions made by General Miranda, etc., etc. London, 1 vol. 1810.

Galantería y aun homenaje de admiración y cul-
tas frases que poseen en alto grado los espíri-
tus distinguidos, se transparentan en los finos conceptos de Cagigal respecto de su edecán Miranda. No pudiendo ascender á éste y concederle honores y distinciones, le ofrece recomendarlo al monarca y darlo á conocer por la excelitud de sus relevantes méritos. Y para atenuar la pena que debía engendrar semejante incidente en el ánimo de Miranda, el noble veterano le dice: "*la emulación es constitutiva del mérito, como del cuerpo la sombra; y así no es extraño lo que á usted sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por esa misma senda; bien que de todos modos es injusto y sensible.*" Y no queriendo servir á su edecán en el caso que éste necesitase de alguna cantidad, sino de una manera delicada, se valió del ministro de España en los Estados Unidos para que éste le proporcione cuanto pudiera aquél necesitar. Pero todavía hay algo más que levanta á Cagigal sobre las miserias de aquellos días. En la imposibilidad en que se encontraba de satisfacer los deseos de tratar al Fabio de los modernos tiempos, le presenta á su edecán Miranda por medio de una carta de introducción, con lo que quiso significarle: Ese joven de aquilatados méritos, llamado á representar un gran papel en los destinos de la sociedad moderna, me representará delante del Libertador de la América del Norte.

Nó, nó; el Miranda que figura en la narración histórica del señor de la Pezuela, á saber: el contrabandista vulgar, el carácter infidente, el oficial fugitivo que deja comprometida la honra de su superior, no es el Miranda cuyo retrato moral é intelectual fijan las elocuentes frases del reconocido veterano. Media un abismo entre el tipo del Plutarco que iba á brillar en la historia de los dos mundos, y ese otro tipo que saben forjar las enconadas pasiones de una política personal.

Apenas dejó Miranda las aguas de Cuba, cuando se desataron los odios contra Cagigal. Arrestado, durante cuatro años, y sintiendo cerne sobre su cabeza la gabilla de sus detractores, hubo de defenderse, con brío, con tenacidad, como

dice el ilustrado académico cuya obra tenemos á la vista. Durante estos cuatro años sostuvo polémicas con los gobernadores de Cádiz, los consejeros y hasta con los ministros. Al subir al trono Carlos IV éste le rehabilita.—Apoco estalla la Revolución francesa y Cagigal está al frente del ejército de vanguardia en la región de los Pirineos. Aquí sobresale como en otros días, en la Extremadura portuguesa, en las playas de Africa, en los arenales de la Florida, en las islas Bahamas. "Es el primero en todos los ataques y el último en las retiradas", así dice uno de sus biógrafos. Su última estación política fué la gobernación de Valencia. Desapareció en los momentos en que el espíritu nacional español, animado por el rayo de Júpiter, se levantaba uniforme, delirante, terrible contra las huestes del Coloso de Europa.

Pero antes de esta época, ya en 1798, después de diez y ocho años de lucha, había terminado el ruidoso proceso intentado por el ministro de Indias don José de Galvez contra Cagigal y Miranda desde 1783. El historiador de la Pezuela, al biografiar á Cagigal dice "que de todo el voluminoso procedimiento, resultaba que Cagigal se había manejado con una pureza y un desinterés iguales á su negligencia en el gobierno político; pero que por un efecto de su excesiva confianza en el infiel Miranda había dado con el intendente Urriaza muchos pasos imprudentes para poner á cubierto á su favorido."

El historiador se complace en manifestar que Cagigal fué absuelto, y nada nos dice de Miranda, cuando la absolución comprendió también á éste. ¿Por qué presentar el uno á la luz de la historia, por qué dejar al otro en la sombra? ¿Por qué tanta zaña, contra el fundador de la Independencia de Venezuela, á los cincuenta años de haber sucumbido en los calabozos de la Carraca? Este vacío en el relato del historiador de la Pezuela, respecto de una figura tan esclarecida como la de Miranda, la llenamos con la siguiente pieza del célebre proceso:

"Así mismo declaraban y declararon por libre de todo cargo en el ejercicio de la referida comisión, y sus incidencias al Teniente Coronel graduado Don Francisco de Miranda, y por legítima y exenta de todo vacío la introducción de los tres Barcos titulados *Puerco espín, tres Amigos, y el Aguila* con los esclavos, géneros, y efectos que vinieron en ellos de la Isla de Jamaica; y revocaban en esta parte la sentencia del Juez Comisionado en que declaró caídos en la pena de comiso los referidos barcos, esclavos, géneros y efectos, y condenó á Miranda á que pagase su importe á la R. Hacienda, con más el valor de las tres carretas, siete yuntas de bueyes, y cinco caballos en que se condujo parte de aquellos efectos desde el surtidero de Babatabán hasta la Habana; en privación de su empleo, y en diez años de presidio á la plaza de Orán; y declaraban y declararon á dicho oficial por el contrario por fiel Vasallo de S. M. y acreedor á las Rs. Gracias, en premio, y remuneración del mérito contratado en la delicada comisión que puso á su cuidado el Gobernador Cagigal; resultando por otra parte, como resulta justificado que no tuvo parte (ni aun noticia) del hecho de haber registrado, ó visto las fortificaciones de la plaza de la Habana el mayor general inglés Juan Campbell, como falsamente se informó á su Magestad, etc., etc., etc."

Así concluyó aquel famoso proceso que en nada contribuyó á entibiar la amistad que siempre reinó entre el General don Juan Manuel de Cagigal y su edecán el Teniente Coronel Francisco de Miranda. —¡Cuán amistosa las cartas que desde Valencia en 1799, escribió Cagigal á su querido edecán!—En la defensa del uno estaba la defensa del otro; triunfante el uno había triunfando el otro. Así obró Cagigal. Como coronación de este triunfo de la justicia humana, á pesar de los odios que sabe poner por obra la trama política, insertemos á continuación la interesantísima carta de Miranda á Cagigal fechada cerca de Londres, á 9 de abril de 1800.

"Mi General, y muy estimado amigo:

Con mucho gusto he recibido ayer su apreciable carta fecha en Valencia á 10 de diciembre último; y doy á usted mil gracias por el aviso y extractos de la sentencia recientemente pronunciada en el supremo consejo de Indias á favor nuestro. Mas qué satisfacción quiere usted reciba yo en saber más y más las iniquidades de D. José de Galvez y sus agentes, que en parte aún ignoraba cuyas infamias se han tolerado por el gobierno español, á lo menos por lo que á nosotros toca, el espacio de 18 años consecutivos? y que la reparación que por tan graves injurias se nos ofrece ahora es la facultad de perseguir los hijos y viudas de aquellos, sobre una parte del caudal, y honores que á costa nuestra adquieren sus perversos maridos? No amigo mío, lo que por ello debe conjeturarse en mi opinión, es, que la situación del hombre de bien en ese país, siempre será muy precaria; y el perverso, por lo común, goza impunemente del fruto de sus maldades!

Pero lo que realmente me dá gran satisfacción es, el saber que mi antiguo y querido amigo Don Juan Manuel de Cagigal, es aún mi verdadero y fiel amigo; sin embargo de las vicisitudes que han podido ocurrir en tan largo y singular período de tiempo!... Nada por consecuencia me sería tan gustoso como el verlo y darle un abrazo; pero las presentes circunstancias lo impiden absolutamente.

El estado de guerra y agitación en que casi toda la Europa se halla actualmente, hacen que una persona algo conocida en el mundo político y militar, apenas pueda moverse de un lugar á otro sin alarma, á inconvenientes; y así más vale estarse quieto, que inquietar á los demás á menos que una evidente necesidad no lo exijiese por el bien de nuestros semejantes.

Por este propio motivo me habrá usted visto desde nuestra separación, ya viajando y atentamente examinando una gran porción del civilizado mundo: ya encargado de los ejércitos de la Francia Protectora de la libertad pública; ya traducido por la Anarquía ante el famoso Tribunal Revolucionario; ya rehusando funciones públicas en dicha confusa República; y ya por esta causa proscripto el 18 Fructidor del año V [1797], forzándome por ello á tomar refugio en este país, donde hallé acogida favorable por cierto tiempo, y sobre todo un inestimable amigo antiguo, cuya hospitalidad me ha soportado y soporta aun hoy.

Cuál sea el resultado de los graves eventos que se preparan, Dios lo sabe!... mas su amigo de usted, ciertamente no abandonará aquella justa regla y principios honrosos que hasta aquí le han merecido la estimación de usted, y que probablemente han forzado al gobierno español á revocar sus injustos procedimientos, para devolverle, [por manos de la justicia santa] su honor y su caudal intactos.

O magna vis veritatis! que contra hominum ingenia, calliditatem, solertiam, contraque fictas omnium insidias, facie se per seipsam defendat.

Cic. pro Caelo.

Cosa singular es por cierto, que al mismo tiempo que la España me hacía tan atroces injurias, yo fuese el único en Francia que ayudado del preponderante influjo de mis amigos [por la convicción íntima en que estábamos, de que la justicia y la moderación solamente podían con prosperidad y gloria llevar adelante la noble causa de la libertad] combatía con suceso la tentativa formal de revolucionar la España á tiempo que se me confería para ello el mando de un poderoso ejército en noviembre de 1792, y luego después nombrándome al Gobierno y comandancia general de Santo Domingo con ejército de 22.000 hombres y una fuerte escuadra, á fin de proclamar la libertad é independencia de las Colonias Hispano-Americanas?... en cuyos acontecimientos me debería la España por lo menos el reconocimiento de haberle procurado un gran bien negativo; pues vine á ser causa de que no se le hiciese mucho mal en Europa; y de que las inocentes Américas no sufriesen tal vez perjuicios incalculables é irreparables!

Veo con suma pena sin embargo, que los agentes del gobierno español en el Nuevo Mundo, se obstinan á tratar mal á los americanos; y que el Gobernador recientemente llegado á Caracas, comienza á derramar sangre con particular ferocidad y audacia. Quiera Dios que semejantes violencias no traigan reatos más funestos para la corte de Madrid; y que aquellos buenos, sencillos y desgraciados pueblos no sean largo tiempo víctimas de la injusticia y pérdidas europeas.

Adiós amigo y querido dueño mío: sirvase usted dar mis expresiones á mi señora doña Angela: al señor don Juanito: al amigo don Felipe Cagigal: al Cab. Mata, etc.; estimaría me enviase usted copia formal de la sentencia consabida, y que también la comunicase usted á la Habana y Caracas.

De usted siempre fiel amigo, y seguro servidor.

[Firmado] F. DE MIRANDA.

Señor Don Juan Manuel de Cagigal, etc., etc., etc." (2)

Diez y ocho años de naufragio con la mirada fija en el horizonte lejano en solicitud de un rayo de justicia!... Brilló al fin la luz, y quedaron responsables los inocentes y las viudas que nada tienen que hacer con las acciones de padres y de maridos protervos; calumniadores de todas las épocas, especuladores políticos, para quienes la muerte parece ser un correctivo; el que otorga la Providencia, á los que sepulta en el olvido; el que concede á los desgraciados sucesores que sabrán vivir, no del estigma que heredan, sino de la buena idea que en ellos inspiren las virtudes secretas del corazón humano. (*)

ARISTIDES ROJAS.

(2) ANTEPARA.—Obra citada.

(*) EN un estudio (inédito) referente á Juan Manuel de Cagigal, el fundador de los estudios matemáticos en Venezuela, volveremos á departir acerca de esta ilustre familia.

No desprecies, mortal, la palabra

Que te enseña el eterno saber; Cuando al cielo la senda te abra, No pretendas el rumbo torcer.

"Bienhadado el que llora," está escrito:

¿Y es tu afán esa fuente secar? Es del llanto el poder infinito: La oración más ferviente es llorar.

¿No te ofrece la lluvia del cielo Enseñanza profunda también? Cuanto viste marchito en el suelo, Levantó florecida la sien.

No en sequía: á las lluvias mayores Suelta el iris su tul celestial, Cual bandera de siete colores, De que hay fiesta en el cielo señal.

¿Y tu pecho en cerrarse se empeña A ese riego fecundo de amor? Si se abriera á la lluvia la Peña, Se vistiera de yerba y de flor.

Por misterio del llanto se alcanza Cuanto vimos morir ó pasar: Resucita la muerta esperanza: Cuanto lloras lo vuelves á hallar.

Cuanto fué derribado en mal hora, Cobrará su belleza y virtud: Lo que es sombra y pavor, será aurora: Aurea barca el luctuoso ataúd.

Cobrará sus colores y brillo De su polvo surgiendo la flor: Se alzará de su escombros el castillo A ostentar otra vez su esplendor.

A los campos nativos el ave Su errabundo volar llevará:

En el puerto la náufraga nave,

Gallardetes al viento, entrará:

El cordero á la antigua dehesa Volverá, como nuevo el vellón: De sus pérdidas garras, ilesa, Soltará la gacela el león.

Pero llora! Tus muertos despojos Así cobren su pristino sér: Si no sueltas en mares tus ojos, La ribera natal no has de ver.

Porque al puerto pacífico y santo De tu ardiente y eterno anhelo, Navegando los mares del llanto Sólo puede tu barca llegar.

J. Halcay

Caracas: 2 de noviembre de 1892.

PÉREZ BONALDE

Este coloso de nuestra literatura ha desaparecido del mundo de los vivos, y tristeza grande! la prensa que el honró con los productos de su cabeza privilegiada no ha consagrado un recuerdo á su memoria.

El admirable traductor de Heine, el intérprete más fiel de Poe, ha caído no como gladiador gallardo sino como uno de los tristes de esta vida.

PÉREZ BONALDE repetía con el autor de Rolla: "Yo no soy tierno, soy excesivo" y sus tristezas, sus desfallecimientos y hasta sus caídas deben perdonárseles al poeta que nunca pulsó las cuerdas de oro de su lira sino para entonar cánticos á la patria, al amor y á la gloria.

El podía repetir también con De Musset:

Dans ce veue ou je cherche à noyer
mon suplice

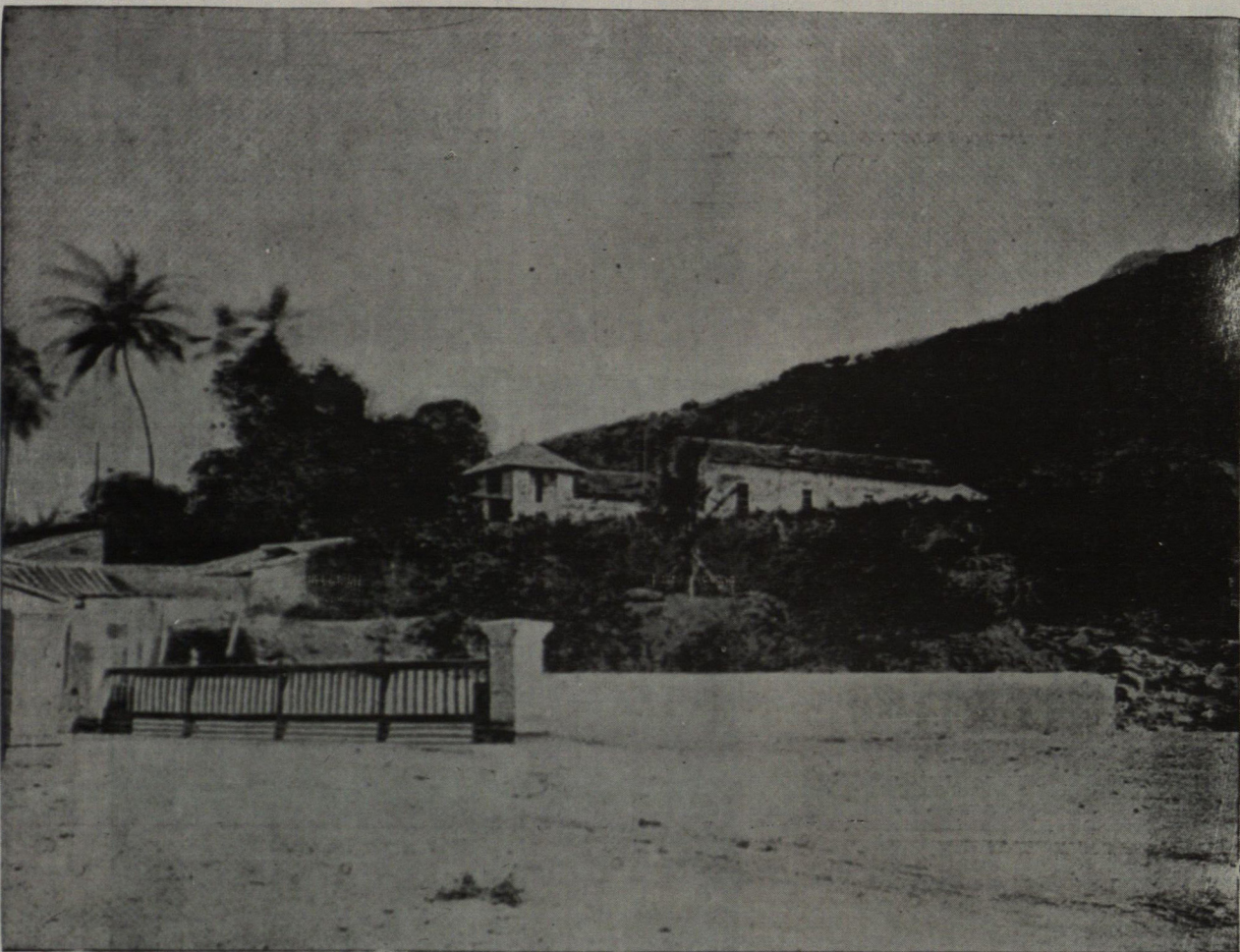
Laissez tomber plutôt

quelque pleur de pitié

Desencantado, pobre y presintiendo su fin cercano fué á pedir su tumba al puerto vecino: un grupo de aquellos *toscos marinos* que el tanto amó, silenciosos y tristes acompañaron su cádaver hasta la última morada.

Que repose tranquilo el poeta á orillas de ese mar siempre agitado como su alma y á las faldas de ese monte que se yergue altivo como su carácter.

M. Z. y T



LA GUAIRA. — GUANAPA



CALABOZO. — CALLE DE GARCIA

PAEZ

ODA

Sobre corcel indómito
 Que baña espuma hirviente
 Cruza el desierto cálido
 Jinete lidiador:
 La lumbré del relámpago
 En su mira la ardiente,
 La voz del trueno altisono
 Su acento aterrador.

Su diestra empuña rígida
 La ponderosa lanza,
 Que un rayo fué de Júpiter
 En la sangrienta lid;
 Y absorta le ve América
 Que triunfos mil alcanza
 De la progenie indómita
 Del valeroso Cid.

El es: ya el fuego horrísono
 Cesó de heroica guerra,
 Y en vez del eco lúgubre
 Del bélico cañón,
 El himno de las vírgenes
 Se eleva de la tierra,
 Del aura ondeando al hábito
 Del iris el pendón.

El es: el héroe impávido
 De Apure y Carabobo,
 Do cual deidad olímpica
 Potente dominó.
 El es: los triunfos ínclitos,
 Suspenso admira el globo,
 Que en nuestra lides épicas
 Su acero conquistó.

El es: desde las índicas
 Florestas del salvaje
 Hasta do espira trémulo
 Atlante colosal,
 Cruzó, condor gigantesco
 De espléndido plumaje,
 Mecido con el ímpetu
 Del ronco vendabal.

El es: desde las cúspides
 Del Avila atalayas,
 Hacia do la onda túrbida
 Tiende Orinoco al mar,
 Cruzó, raudal flamígero,
 Las cumbres y las playas,
 Y de su hirviente vórtice
 Brotó la Libertad.

Mas ¿dó el hierro terrífico
 Está de la pelea?
 ¿Dónde el arnés belígero
 Del noble paladín?
 ¿Por qué el jinete intrépido
 El arma no blandea
 Lanzando el bruto rápido
 Al eco del clarín?

Es que entre densa atmósfera
 Su voz ya no retumba,
 Y el numen que la eléctrica
 Centella lanzó audaz
 Ante las huestes iberas
 Buscando gloria ó tumba,
 Hoy es el arte présago
 De la Concordia y Paz.

La frente nobilísima
 Yérgue que luz derrama,
 Los Andes son tus símbolos,
 Tu altar una nación:
 De Libertad el lábaro
 Tu espléndido oriflama:
 Será tu excelso túmulo
 El mundo de Colón.

Su Dios es la República,
 Su nombre es heroísmo,
 La Ley su santo código,
 Su enseña la Igualdad,
 Su fe la de los mártires,
 Su gloria el ostracismo,
 Sus sacrosantos ídolos
 Son Patria y Libertad.

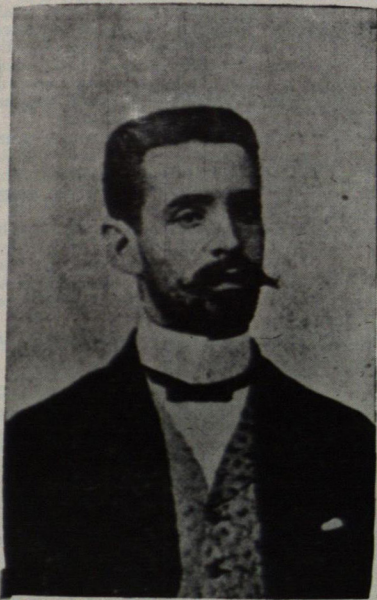
FRANCISCO G. PARDO.



CALABOZO. — CALLE DE MIRANDA



CALABOZO. — AGUADA DE SUCRE



LEOPOLDO BAPTISTA

MINISTRO DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

SENSACIONES DE UN TURISTA

Una tarde, en Madrid, al salir del museo del Prado, subo al tranvía que va en dirección de Recoletos y me siento en frente de dos señoras vestidas de negro.

Tenía la memoria tan llena de los resplandores que despiden los cuadros del incomparable museo y la imaginación tan excitada con la fiebre que produce el sostenido esfuerzo por descubrir en el lienzo el pensamiento ó emociones del artista, que al principio no me fijé en las personas que ocupaban el tranvía. Y sin embargo, uno de mis placeres favoritos, convertido ya en diletantismo, consiste en observar á hurtadillas los rostros desconocidos, con el deseo, malsano quizá, de descubrir en ellos alguno de esos combates íntimos que se revelan á veces en la contracción de los labios y en la inquietud de las miradas. Mi espíritu trabajaba en hallar la relación problemática, que presenta sin poder precisarla, entre la angélica suavidad de una Concepción de Murillo y la refinada belleza de una estatua de mármol que me había detenido largo rato, la semana anterior, en una capilla de la Catedral de Burgos.

Bruscamente, la parada del tranvía me distrae, y veo levantarse, para bajar, las dos señoras vestidas de negro. La una debía contar más de treinta años; la otra, muy joven todavía y adorablemente bella.

Bajo detrás de ellas. Por qué? . . . ¿Sabe uno acaso por qué ciertas personas atraen, así, de pronto, hasta el extremo de hacernos perder la conciencia de nuestros actos? . . . Las sigo, camino á su lado; y sin parar mientes en que nada me autorizaba á dirigirles la palabra, les pregunto una necedad: si no les fastidiaría que las acompañase un instante!

Ambas me miran con asombro, y la de más edad me responde indignada:—Se equivoca usted, caballero! Aléjese usted!

Y en efecto, comprendo en seguida, no sólo que me había equivocado sino que acababa de cometer una grande insolencia.

Pero la más joven, la adorablemente bella, me muestra en sus negrismos ojos un asombro tan candoroso, tan absolutamente desprovisto de todo reproche, tan rayano de la simpatía á fuerza de sinceridad é inocencia, que comprendo tener en ella una amiga, una aliada contra la justa indignación de su compañera.

E intento disculparme. Cómo? Qué sé yo. He debido decirles las mayores simplezas (como la de que era extranjero y no conocía el camino del hotel) y parecerles por tal modo burdo en mis explicaciones sin lógica ni sentido común, que dos minutos después ya se ríen á carcajadas y conversan conmigo, subiendo la calle del Caballero de Gracia, como con un conocido de infancia.

Conversación original! No la conversación franca y sabrosa de la amistad: algo menos que

eso, ó tal vez algo más. Menos que la conversación amistosa, porque ni ellas ni yo hablábamos con el corazón: yo tenía la conciencia de que ellas se burlaban de mí ó se divertían como con un animal raro. Algo más quizá que la conversación entre amigos, porque la circunstancia de no temer ellas el ser indiscretas con una persona á quien no volverían á ver nunca les permitía seguir la conversación por todos los rumbos á donde se me antojaba dirigirle y me permitía á mí decir todo lo que en sus errabundos vuelos encontraba la imaginación.

La imaginación encontró una novela, ó á lo menos su prólogo. Al día siguiente debía partir para Andalucía, la tierra de las flores, la alegría y el amor. El paraíso en perspectiva!—“Las acompaño á ustedes á su casa; me presentan á sus padres (doble carcajada). Nada de extraño: dicen ustedes que soy un inglés . . . y en Inglaterra así es como se inician las relaciones (doble mentira).”

Y la más joven, la de los ojos divinamente candorosos, me responde de broma que sí.

—“Yo pido la mano de usted, me quedo aquí ocho días, nos casamos, su hermana será nuestra madrina . . . y á Córdoba, á Sevilla, á Granada! Por qué no? Mi alma vive errante, buscando una compañera que la comprenda, un nido donde descansar. Y su alma de usted no ha amado nunca, verdad?”

—“Yo no sé lo que es eso”—me responde la de los ojos negrismos.

Y su hermana, no sólo me deja continuar la novela, sino que me corrige cuando en mi anticipada narración olvido algún detalle. Deliciosa ascensión la de la calle del Caballero de Gracia!

Pero al llegar á la de la Montera, mis compañeras dejan de reír, la de más edad me mira con ojos duros y fríos, y . . . “Adiós, caballero, buen viaje!”

Y fué preciso alejarme, verlas desaparecer entre la muchedumbre, para siempre. Para siempre, sí, porque no sabía ni su nombre, ni las señas de su casa; ni podía cometer la nueva indiscreción de seguir las; ni sentí siquiera el deseo de descubrir quiénes eran. Al contrario, la insignificante aventura me pareció en seguida más agradable sin otro desenlace que una conclusión tan brusca como su comienzo. La encantadora niña de los ojos negrismos y de las miradas inocentes debía quedar en la memoria del viajero como una de tantas adorables imágenes encontradas en los cuadros de los museos y en las esculturas de las catedrales. La vida errante me ha acostumbrado á confundir con frecuencia la realidad y la ilusión; á admirar con admiración análoga la belleza viviente en formas humanas y la belleza inmortalizada en formas artísticas.

Tal estado de alma no debe de ser raro entre los que viajan sin otro objeto que el de buscar sensaciones distintas de las que constituyen la normalidad de la existencia en el seno de la familia ó en medio de los negocios. Uno de los mayores excitantes de los viajes consiste—habría dicho Stendhal—en saberse y sentirse diferente; en experimentar el placer ó la pena que causan los contrastes entre la propia alma y las almas con quienes casual ó deliberadamente nos ponemos en relación, y en observar las diferencias entre el yo normal y el yo que viaja.

Un historiador ha dicho que para cambiar de siglo basta cambiar de medio. Igualmente exacto sería decir que para cambiar de yo basta cambiar de ambiente. . . . La experiencia me demostró una vez más la exactitud de esta máxima el mismo día que encontré á la hermosa niña de los ojos dulcísimos. Fué á visitar en la noche á una antigua amiga, cuyo recuerdo vivía en mi memoria doblemente acariciado por una razón sentimental y una razón literaria; por el sentimiento de gratitud con que recordamos á quienes en otra época de la vida nos comprendieron y quizás amaron, y por la creencia egoísta de no haber sido infiel á la amistad convirtiendo á la amiga en materia de obra artística. El recuerdo de aquellas relaciones juveniles me sirvió en años pasados para escribir una fantasía literaria. La obra encontró buena acogida; y esta circunstancia, al propio tiempo, que alhagó el orgullo del observador, dió mayor vida al recuerdo y aumentó el placer con que de cuando en cuando lo evocaba.

Camino de su casa, proveía la sensación deliciosa de volver á oír la voz que me hacía sonreír un tiempo lejano, y encontrar el alma que daría al viajero por unos instantes la ilusión del hogar.

Bajo egolismo, sin duda: tanto más bajo cuanto que no pensé un momento en que los años habían pasado también por sobre aquella mujer; en que su hermosura podía estar ahora marchita; en que mi sola presencia podía causarle

disgusto ó tristeza. Y así fué, en efecto. Ella había sufrido mucho. El hombre á quien ella amaba de corazón murió en un duelo. Su madre murió poco después. Viuda, huérfana y sin fortuna; sola en aquella casa donde habían habitado el amor, la amistad y la alegría. . . . ¿qué hacer? Se casó con un anciano, á cuyo lado debía consumirla la nostalgia de todo lo amado en otro tiempo.

De la mujer espiritual y bella no quedaba más que el organismo cansado. El espíritu no tenía ya fuerzas para convertirse en frases ingeniosas, ni la belleza bastantes resplandores para deslumbrar. En los labios, la sonrisa que quería parecer amable se confundía con la contorsión del deseo impotente; en los ojos, la mirada no tenía calor ni expresión dominante; las manos, las mismas manos divinas que todos sus amigos admirábamos cuando corrían sobre las teclas del piano, sólo tenían ahora movimientos de impaciencia, crispaciones coléricas. . . . A lo menos, así lo ví y creí yo.

Al cambiar las primeras frases sentí que entre ella y yo había un vacío, algo que nos separaba por completo y para siempre. El olvido? La indiferencia? Ambas cosas quizá.

En ella debió verificarse el mismo fenómeno que en mí, á partir del día en que dejé de concurrir á su tertulia. Toda separación es el principio de una transformación; pero de una transformación lenta é inconsciente,—y de aquí provienen las sorpresas y desengaños de los encuentros. El recuerdo no es imagen fija, sino imagen que vive, cambia, crece y disminuye bajo la influencia constante de los cambios que experimenta el sistema psíquico. Aquella mujer no equivalía ya al recuerdo que yo conservaba de ella. Lo que yo buscaba ahora no era ella, sino su imagen transformada por las preocupaciones, sueños é idealidades del hombre de letras.

Y al decirnos adiós, un adiós ceremonioso y frío, yo no sentí en mi alma una sola vibración de simpatía hacia la mujer que conocí hermosa, espiritual y feliz, ni el más ligero impulso de conmisericordia hacia la mujer á quien encontré anciana y desgraciada. . . . Egoísmo sólo? . . . Ambos habíamos cambiado tanto! . . . Ya nuestros espíritus no se conocían. . . . Al bajar la escalera yo tenía la convicción de que ella me había despedido como se despiden á un importuno, como se despiden á un extranjero que llega á interrumpir la normalidad de una existencia resignada y á exasperar la nostalgia de un alma viuda.

Y al caer en mi cama, cansado de tanto andar por los museos, la imagen de mi vieja amiga se desvaneció por completo en la memoria, al mismo tiempo que la adorable imagen de la fresca niña de ojos dulcísimos venía á llenarme el alma de claridades de aurora y á hacerme soñar con los primeros amores.

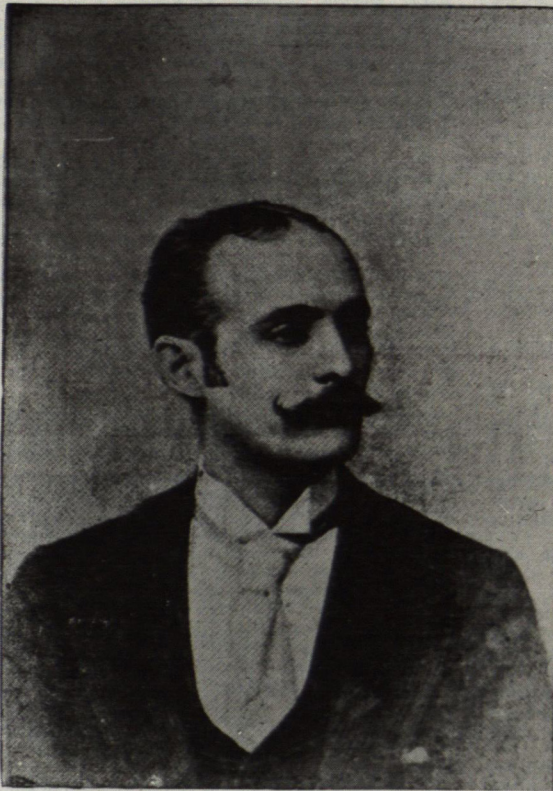
Durante un mes, ella fué mi compañera ideal por la tierra de las flores y de la alegría. . . . Todavía hoy, bajo este cielo eternamente tempestuoso, en estos oscuros y fríos lugares donde ahora debo vivir, de ella recibo rayos de luz que me calientan el corazón. La suave imagen de la fresca niña encontrada en el país amado del sol, continuará siendo mi dulce compañera ideal. . . . mientras mi espíritu de meridional vuelve á transformarse al descubrir el aspecto amable y poético de estas regiones que hoy sólo me parecen propicias para entregarme á las melancolías del recuerdo. . . .

JOSÉ GIL FORTOUL.

Liverpool: 1891.



La solución en el número 24



ANDRÉS CELIS

NUESTROS GRABADOS

Francisco G. Pardo

El retrato de este malogrado poeta, que publicamos hoy, es obra del artista señor Herrera Toro. Llamamos la atención sobre los apuntes biográficos que le acompañan.

La Plaza Bolívar

Los 2 grabados que publicamos recuerdan la Plaza Bolívar en los días en que comenzó la demolición de este sitio importante.

Al hablar sobre este centro de paseo, recordamos algo de lo que sobre dicha Plaza ha escrito el Dr. A. Rojas: "La Plaza Bolívar de Caracas, tal cual está hoy, puede figurar en cualquiera de las capitales más civilizadas del mundo. Su arboleda, su pavimento siempre aseado, su alumbrado, sus calles y la estatua monumental de Bolívar, obra del arte moderno, hacen de este recinto un sitio de paseo, en el cual se respira aire puro y sano, cualquiera que sea la época del año en que se la visite.

Para el extranjero que por la primera vez llega a Caracas, la Plaza Bolívar tiene que llamarle la atención, no sólo por la estatua que en ella figura, y los árboles y flores que la embellecen, sino también por la concurrencia que en ciertas noches da a la plaza aspecto pintoresco y animado; á lo que debe agregarse la luz que la ilumina y las emanaciones de las flores durante la bella estación del año. En efecto, nada más tropical que cuando rayan los primeros días de marzo y con ellos entona su canto la cigarra. Entonces aparecen ciertos árboles despojándose de sus hojas para cubrirse de flores; mientras que los apamates alfombran el suelo con sus campanillas de color morado, y se asoman sobre las acacias florones color de escarlata, y las marías parecen coronadas de llama. Cuando llega la noche, derraman sus aromas los lirios, los caobos, y la dama de noche, sucediéndose unas á otras con intervalos de días. Después, cuando se asoman las mañanas de mayo, las orquídeas que prosperan en los troncos de los ceibos y de los caobos, brotan sus flores, con tal profusión, que cada tronco aparece como ceñido de cintas de diversos colores. En esta época, la plaza Bolívar no tiene rival.

Esta obra es una de las conquistas del progreso moderno, siempre en lucha contra las necias preocupaciones y los hábitos inveterados. Los pueblos se acostumbran tanto á lo que han heredado de sus antepasados que, no de otra manera, sino al influjo de una voluntad de hierro, es como pueden demolerse los viejos y derruidos edificios para levantar sobre éstos nuevas obras. La transformación de la plaza Bolívar comenzó desde 1865, época en que Guzmán Blanco, Designado entonces, y encargado del Gobierno, dió el primer paso que trajo la demolición de la antigua obra. Mas tarde, el Gobier-

no de 1868 continuó los trabajos y la plaza comenzó á ver crecer sus primeros árboles. Cuando volvió el Gobierno de Guzmán Blanco, en 1870, con actividad continuó la obra hasta el estado en que hoy se halla."

Calabozo

En la suposición de que muchos desean conocer todas las ciudades y pueblos importantes de Venezuela, continuamos la publicación de grabados tomados de las fotografías con que se nos ha favorecido por varios de nuestros suscritores. Hoy presentamos las siguientes:

Calle de Miranda

Esta calle que es la principal de la ciudad por ser la más larga y mejor alineada fué denominada en su primeros tiempos "Calle Real"; luego de "Guzmán Blanco".—Aún conserva este nombre en algunas de sus esquinas. Finalmente se llama Calle de Miranda.

Calle de García

Esta es una de las calles más cortas de esa ciudad. La llaman de García como tributo á la memoria del señor José Ramón García á quien debe Calabozo la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, que fabricó á sus expensas. Esta calle termina en la esquina N. O. de la plaza de la misma iglesia. La mayor parte de sus casas fueron fabricadas por el mismo señor García.

Aguada de Suere

La ciudad de Calabozo se surte de agua de las pequeñas vertientes que se encuentran á sus orillas. La que representa este grabado se llama "Aguada de Suere" porque pertenece al Municipio de este nombre. Sus aguas son puras y cristalinas; brotan filtradas por entre arrecifes, por lo cual en Calabozo no se usan sino muy poco las piedras de filtrar, que vienen á ser innecesarias.

General Leopoldo Baptista

Ministro de Correos y Telégrafos

Con el del señor Baptista continúa la serie de retratos de hombres notables de la Revolución. En el próximo número presentaremos al señor general Pirela Sutil.

Página de diversas vistas

Podrán ó no agradar á los lectores de EL COJO ILUSTRADO, pero hemos aprovechado poner en una sola página algunas vistas de las muchas que han sido reproducidas por el fotograbado, y que representan en su mayor parte sitios agradables ó pintorescos de Caracas y La Guaira, escenas de nuestras costumbres nacionales. La intención es buena y han de agradecerlos nuestros abonados.

El Cardonal y Guanapa—La Guaira

Nadie que haya visitado el vecino puerto desconoce estos dos lugares. El Cardonal, que es una prolongación de La Guaira, posee una avenida que al mismo tiempo es lugar de ameno paseo donde van las familias á solazarse después de las diarias faenas y á recibir el aire puro de la mar. Guanape, á su vez, es preciosa quinta rodeada de árboles y jardines, con preciosa vista y comodidades.

Retrato de León XIII

El pintor francés CHARTRAN, ya célebre por sus cuadros religiosos, por su magistral decoración de la Sorbona y por sus numerosos retratos exhibidos en el Salón de París, ha pintado en el Vaticano en agosto de 1891 un notable retrato de Su Santidad León XIII, en circunstancias excepcionales. Este acontecimiento religioso y artístico hizo mucho ruido y se ocuparon de él los principales periódicos Europeos. Tenemos el gusto de obsequiar hoy á nuestros abonados con la reproducción de tan celebrada obra.

A no decir mucho y bueno sobre tan eminente Pontífice, vale más callar. Tan enaltecido por los unos, que hoy le consideran además de virtuosísimo sacerdote, hombre de excelsas condiciones políticas; y tan deprimido por sus enemigos que quieren, en cuanto á su existencia externa se refiere, dar sombra á sus menores actos, así aparece; aunque á decir verdad ninguno niega sus bellas prendas morales, y sus esfuerzos por sostener y elevar siempre el pontificado, que cual tesoro precioso y delicado, tiene en sus manos, y bajo la égida de su poderosa inteligencia.

El taller del Escultor

En otra sección leerán nuestros suscritores un interesante artículo, que acerca de esta materia publicó en Alemania una interesante revista.

Debemos á nuestro joven amigo Rivero el obsequio de haberlo traducido expresamente para EL COJO ILUSTRADO. Reciba la expresión de nuestra gratitud.

Andrés Celis

Amerita bien de la patria el ciudadano que á la voz de la Ley toma las armas y cae en el campo de batalla derramando su sangre por la vindicación de la justicia. Y si la amistad tiene el derecho de llorar una pérdida tan lamentable como lo es la del joven cuyo retrato publicamos, pues á su vez el patriotismo está en el deber de enjugar esas lágrimas y aplaudir y alegrarse por la heroica muerte. Tal hacemos nosotros.

A continuación transcribimos los datos que acerca del trágico acontecimiento pedimos á un amigo de ANDRÉS, y que se refieren al triste suceso ocurrido en el campamento y á las honras fúnebres que sus amigos le hicieron en esta ciudad.

"Las honras tuvieron efecto, en el templo de Altargracia, el día 3 de este mes, y á ellas asistió gran concurrencia de lo más florido de nuestra Capital. Estas honras fueron el último recuerdo á la memoria de ANDRÉS costeándolas sus amigos que suscriben la tarjeta de invitación.

La orquesta, compuesta de 20 profesores, estuvo dirigida por el maestro Arclagos.

Tomaron parte en esta demostración de cariño la señora María B. de las Casas y sus señoritas hijas Dolores y Gertrudis, y la señorita Luisa González, quienes con sus bellas voces dieron mayor realce al acto.

El "Club Unión," del cual fué ANDRÉS miembro activo estuvo representado por su Junta Directiva, enviando también bellísima corona de inmortales.

ANDRÉS fué herido en la batalla de Ciudad de Cura, (Bolivia) el día 9 de agosto próximo pasado, y en el sitio "El Pozote" cuando batallaba al lado del General Angel Ma García Fuentes. Fué trasladado por su padre y amigos á la casa del doctor Enrique Urdaneta, donde este facultativo hizo esfuerzos por salvarle; y allí murió el día 14 del mismo mes.

Sus restos reposan en el cementerio de la misma ciudad.

Una agrupación de jóvenes villacuranos tiene el proyecto de costear una buena tumba, mientras transcurre el tiempo suficiente para trasladarlo á esta Capital."

Música

La de hoy es una composición original y preciosa del joven compositor A. D. Saumell, quien hoy profesa el arte en la ciudad de Cúcuta.

El padre del autor, amigo nuestro siempre bondadoso, nos ha hecho la merced de obsequiarnos con el original de esa obra que revela en quien la compuso dotes de verdadero artista y conocimientos muy valiosos en el arte musical. Es, en resumen, uno de los mejores números que ha publicado EL COJO ILUSTRADO y no dudamos en asegurar que será tocada con éxito merecido en todos nuestros salones.

Hemos sido honrados por la visita de *El Republicano*, diario de intereses generales redactado por los señores Antonio Valero Lara y Luis R. Guzmán. En su número del 22 de noviembre se expresa respecto de EL COJO ILUSTRADO en los siguientes términos: "EL COJO ILUSTRADO.—Prometimos ocuparnos con más detenimiento que el de un simple aviso de recibo, de esta importante publicación venezolana, que parece haber fijado definitivamente las corrientes de la producción literaria tan precaria en nuestro país por falta de estímulos.

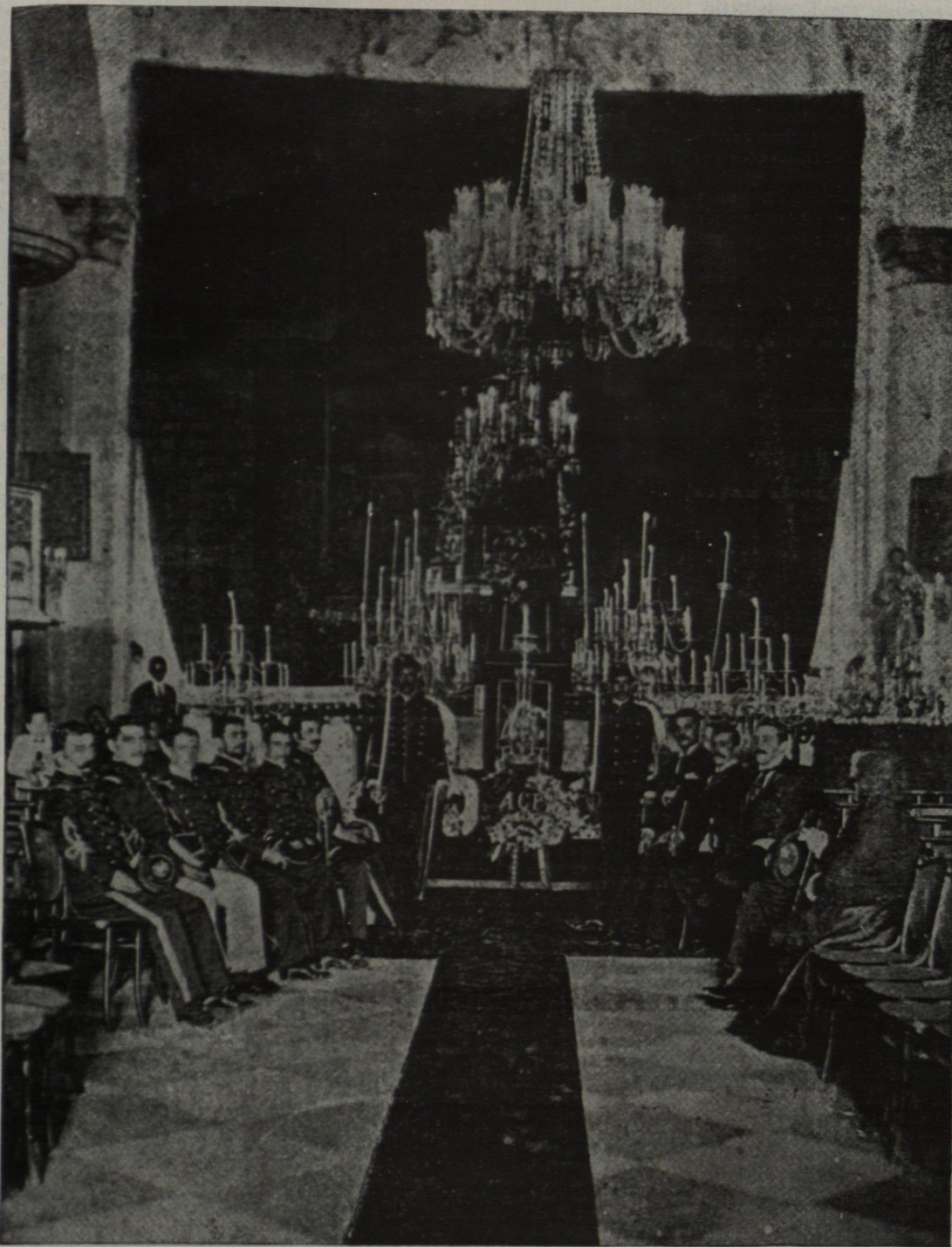
Pagar el noviciado; es decir: apurar las heces de la decepción y del quebranto de ver recompensados los mezquinamente, ó de no ver recompensados, esfuerzos por todo extremo bien intencionados y patrióticos, es rasgo de noble abnegación poco común.

En el siglo materialista en que vivimos, adelantarse á las necesidades de una civilización, imponer, por así decirlo, una costumbre: la de leer lo que no se arrastra por lo bajo de la literatura callejera desnuda de decoro y desprovista del sentimiento delicado de las aristocracias de la idea, es labor de precursores, infucanda para las satisfacciones del día, pero llamada á perdurar y á producir grandes cambios en la fisonomía moral de los pueblos.

Tienen las obras de amena literatura, cualesquiera que sean las formas con que el género especialista del autor las dote al crearlas, influencia doble y decisiva en el progreso intelectual de las naciones; pues si de un lado, el público lector se mejora con la bondad de la leyenda, del otro el ingenio del escritor, cobrando creces y espaciándose por los dominios de todos los conocimientos humanos anteriores y contemporáneos con su época, tiende también al perfeccionamiento y á la riqueza, á la expansión y á la emulación.

A ese doble fin de trascendencia muy alta responde de una manera perfecta el periódico EL COJO ILUSTRADO.—Y si por esos solos motivos se hacen acreedores sus Directores al favor y al cariño del público, por el otro respecto de la tenacidad en el empeño de mantener en Caracas una publicación del género de la de EL COJO son merecedores de la gratitud de todas las clases pensadoras".

Nuestras gracias al ilustrado colega.



OBSEQUIO FUNEBRE EN MEMORIA DEL MALGRADO JOVEN ANDRÉS CELIS

EL TOCADOR

— LAS VERRUGAS

Creo que era Montaigne quien decía "Amo á París hasta en sus verrugas." pase para una gran ciudad pero nada tan feo y que desmejore más un bonito rostro que esos pequeños tumores llamados vulgarmente *poireau*. Por tal motivo conviene indicar remedios sencillos y nada peligrosos para desembarazarse de ellos.

1º Tómanse generalmente pequeñas dosis de sulfato de magnesia (sal de Epson). Para un adulto la dosis será de 4 á 6 gramos diarios durante un mes, y casi siempre—

está comprobado—las verrugas desaparecen á las semanas de tratamiento.

2º Antes se recomendaba contra estos pequeños tumores una planta llamada "*banvoire* de Venec (*Labrum Veneris* ó *virga pastoris* y también *dipsacus fullonum*)" por motivo de la colocación de sus hojas en las que se encontraba siempre agua ó rocío. Frotábanse las arrugas con el jugo ó el agua hallados en el hueco.

3º Algunos recomiendan apoyar el pulgar sobre la verruga y apretarla contra el hueso, moviéndola hacia arriba y hacia abajo hasta que las raíces estén irritadas y doloridas. La verruga se deshace ó cae.

4º Cúranse también las verrugas frotándolas dos ó tres veces al día, con una papa. Córtese la extremidad de esta papa y frótese

el tumor con la parte que se acaba de descubrir. Después de esta operación arránquese la parte exterior del tubérculo.

5º Fricciónense con el siguiente unguento :

12 centigramos de cromato de potasa bien diluídos en 15 gramos de vaselina. Las verrugas desaparecen después de tres ó cuatro semanas de emplear este tratamiento.

6º El jugo de limón quita las verrugas ; tóqueselas, todos los días, dos ó tres veces con un pincelillo mojado en este jugo.

7º Tómesese una pizarra y calcínese la en el fuego ; redúzcasela luego á polvo é impréguese este polvo con vinagre fuerte. Obtíenese de esta manera una pasta con la que se frotran dichas excrescencias que desaparecen al poco tiempo.

80 Alábase mucho el heliotropo de Europa (hierba para verrugas, *Verrucaria* de los boticarios) cuyo jugo mezclado con sal es eficazísimo para las verrugas.

90 También son muy buenos el nitrato de plata ó la piedra infernal, con los cuales deben tocarse cada dos ó tres días.

100 Podemos, asimismo desembarazarnos de una verruga untándola varias veces por día de aceite de ricino.

110 Disuélvase un poco de sal en gua y lávense las verrugas con esta composición que las disuelve y las hace caer por conchas. Tal tratamiento exige grandes precauciones, y principalmente si se trata de la cara.

120 El jugo cáustico de la gran celedonia. Es grande error el creer que la verruga se pega. — Antes de quemar la verruga debe cortarse hasta la carne viva.

A UNA "FLOR DE MAYO"

A MI AMIGA LA SEÑORITA SOFÍA MEYER

Cuán bella y pudorosa
En el risueño mayo,
Con lánguido desmayo
Miro tus tenues pétalos abrir.
De la luz á los besos
Vas tu aroma exhalando,
Que el cefirillo blando
Por alcores y valles va á esparcir

El alba por decoro
De alfoñar te engalana,
Al tender de oro y grana
En los cielos su púdico cendal.
Y bellas mariposas
Te pagan sus primicias,
De ósculos y caricias
Con delicado afecto sin igual.

Y el ave enamorada
Que junto á tí se anida,
Su trova enterneceida
Al espacio levanta sin cesar.
Pues sabe que eres reina
Del bosque y la pradera,
Cuando la primavera
Viene el mundo de flores á alfombrar.

A ser orgullo y gala
Del suelo Americano,
De Dios la excelsa mano
Te plantó de este suelo en el jardín.
Y te dió los colores
Que plácida atesora,
La sonrosada aurora,
Y el delicado aroma del jazmín.

Oh! flor de encantos llena,
Emblema de amor puro,
Hoy en mi pecho duro
Viéndote se despiertan á la vez:
Dorañas ilusiones,
Letal melancolía
Y plácida alegría,
Al recordar mi cándida niñez;

Cuando en las bellas tardes
Del florecido mayo
Al postrimero rayo
Que lanza el sol al ocultar su luz.
Sin piedad te tronchaba.
Para adornar ferviente,
Humilde y reverente
Del Redentor la sacrosanta cruz.

Edad idolatrada
En que era mi existencia,
Cual tú llena de esencia
Abierta á las caricias del amor,
Y por eso lamento
Su despedida eterna,
Con la emoción más tierna
Henchido el pecho de letal dolor.

Oh! flor immaculada,
Sonrisa de la aurora,
De la fecunda Flora
Regalo que engalanas el vergel.
Sé siempre de los campos
La gala y la belleza,
Emblema de pureza
Del amor juvenil trasunto fiel.

DOMINGO GARBÁN.

Caracas: mayo de 1892.



EL TALLER DEL ESCULTOR

(Tomado del *Die Gartenlaube* y traducido expresamente para EL COJO ILUSTRADO).

Todo el mundo sabe que el pintor traslada al lienzo sus creaciones por medio de pinceles y colores, y que con la ayuda de escuadras y compases construye el arquitecto sus edificios; pero muchos ignoran el procedimiento que en semejantes casos emplea el escultor.

Y no sólo esto, sino que se confunde al legítimo escultor con los artesanos que vacían las figuras de yeso ó con los que esculpen las de mármol. Su arte es poco conocido, y casi nadie sabe el camino que ha tenido que recorrer la figura que admiramos trasladada ya al mármol ó al bronce. El recuerdo de los escultores de la antigüedad y del renacimiento, creadores en mármol por excelencia, y no poco también el mismo nombre de "escultor," han hecho que la gente se imagine que los que cultivan este arte se pasan la vida con el martillo y el cincel en las manos.

En realidad, esto no es así; por el contrario, hay muchos escultores hoy en día que casi no han tenido nunca un cincel en su mano, y hay también muchos otros que se verían en apuros si tuvieran que esculpir lo que habían pensado ó modelado.

En la escultura como en todas las demás artes, la dificultad estriba en crear y en dar forma á esa creación interna; y como esto no puede llevarse á cabo sino después de un continuo buscar y cambiar y corregir sin cesar, se necesita un material que se preste á esos cambios y correcciones. Ese material es la arcilla, especie de tierra grasosa y de color gris, amarillento ó plomizo, la cual, conservándose siempre húmeda, llega á adquirir la suficiente suavidad, flexibilidad y resistencia necesarias; de tal manera, que el artista queda en completa libertad de interrumpir el trabajo tan á menudo como quiera.

Al igual de todos los artistas CREADORES, comienza también el escultor por el bosquejo, el cual no tiene solamente por objeto retener un pensamiento, pues para ello bastaría echar mano del dibujo, sino que ha de ser un bosquejo modelado, cuyo verdadero objeto es hacer aquellas variaciones que en pequeño resultan fáciles, y que en grande no se podrían llevar á cabo sino á costa de muchísimo trabajo.

Ese bosquejo aclara y afirma la idea del artista de tal modo, que éste, en adelante, no se ocupará sino en corregir pequeñeces, pues generalmente quedan casi completamente determinados el vestido, la posición y la semejanza de la figura.

Al pasar á ejecutarlo en grande, se tropieza con la dificultad de que la arcilla á causa de su peso, no se sostiene por sí sola y es necesario construir una armadura de hierro que pueda sostener el peso que se necesite; también se le

pueden poner algunas varas de plomo, materia que se presta mucho por su blandura para hacer las modificaciones que se quiera. Los cálculos para construir esta armadura, deben ser muy exactos en lo que se relaciona con el peso que van á sostener respectivamente las extremidades y el tronco del cuerpo y esto proporciona á veces muchos quebraderos de cabeza á los artistas. A pesar de todo, la arcilla se resbalaría si no se tomara la precaución de amarrar con alambre por todas partes, líos de crucetas de madera que la sujeten.

Nuestra lámina número 1.^o muestra un Cristo con los brazos abiertos y al lado la correspondiente armadura con sus crucetas de madera.

Después de esto, se cubren las partes de hierro con un barniz que evite el moño y se coloca luego la armadura sobre el plinto, tablón fuerte, que á su vez descansa sobre una mesa giratoria.

Preparado ya todo para empezar, el artista, al cual los cálculos han marcado la cabeza, respira al fin, agarra la arcilla preparada ya y pone mano á la obra, es decir: comienza á hacer la figura desnuda. Será nuevo para muchos el saber que aunque la figura deba llevar después el más replegado vestido que pueda imaginarse, se debe sin embargo modelar primero el cuerpo sin vestidura alguna. Motivos artísticos justifican esto completamente; por rica que sea la vestimenta de una figura, hay siempre algunos puntos en los que aparece el cuerpo á la vista y la relación de esos puntos entre sí, sería dudosa, si el cuerpo no hubiera sido modelado debajo del vestido.

Cuando con la ayuda de los dedos y diversos instrumentos se ha llegado á cierto grado de perfección, se procede á la colocación del vestido, advirtiendo que mientras más sencillo sea éste, tanto mejor delineado debe haber sido el cuerpo desnudo.

Ante todo, los lugares en que vaya el vestido se cubren con seda fina humedecida, la cual impide que más tarde al hacer alguna corrección ó al modelar una arruga profunda, se llegue hasta la arcilla que forma el cuerpo.

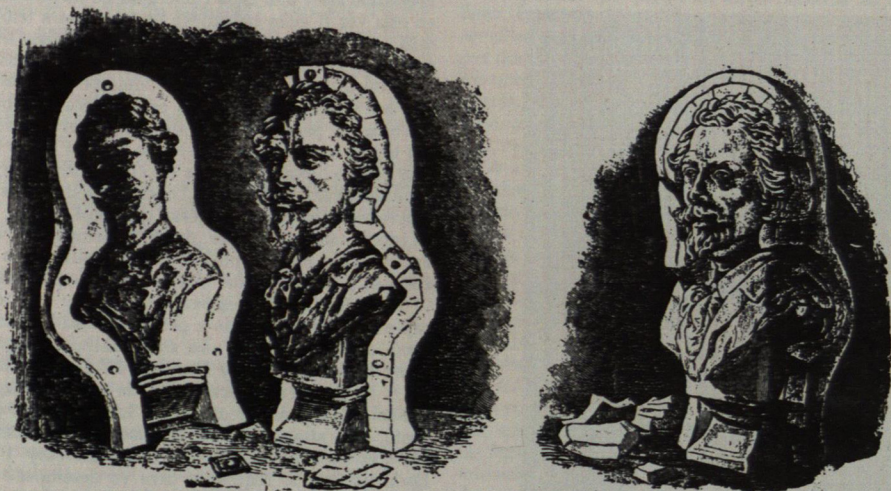
Así las cosas, se toma un maniquí, cuyos miembros articulados permiten darle cuantas posturas se deseen, y sobre él se empieza con gran paciencia á probar el vestido; pruebas éstas, que duran á veces muchos días antes que su aspecto corresponda á la intención del artista, el cual terminada esa operación comienza á copiarla en la arcilla.

Lo que sigue después, la ejecución, que en una figura de tamaño natural requiere meses y no rara vez, años de trabajo, no es otra cosa sino una continua variación y perfeccionamiento de los detalles. Nadie puede pensar que una obra de arte que vemos ya terminada, haya sido ideada desde un principio exactamente igual en la mente del autor. Este no obtiene sus creaciones sino haciendo y desbaratando y volviendo á construir interminable número de veces la figura; lo que por un lado parecía bello, por el otro no lo era; cosas que el profano toma como sencillas, pueden haber llevado al artista hasta la desesperación, antes de poderlas dar una solución feliz; y no es raro que en obsequio de la posibilidad de llevar á cabo algunas mejoras, se vea obligado á abandonar un trabajo, del cual se haya ocupado durante semanas enteras. En una palabra: la idea vulgar de que el artista de talento improvisa sus trabajos, es completamente errónea.

Muchos al leer la descripción que hemos hecho, y siguiéndose por la errada idea que tienen del verdadero arte, dirán que ese pesadísimo trabajo no puede ser la obra del genio, pero esa aseveración nada vale, pues ella no deja entrever sino ignorancia. En una obra de arte lo que se busca es el resultado: en cuanto á que haya costado más ó menos trabajo, cosa es esa que sólo le importa al artista.

Finalmente, el modelo de arcilla ha sido terminado. El ojo crítico del autor no encuentra ya nada corregible, y con el elevado sentimiento de la más tranquila satisfacción, el artista firma su obra. Lo que sigue ahora hasta que queda pasada al mármol ó al bronce, es cuestión mecánica.

Primeramente, debe proporcionarse solidez al modelo. La arcilla que hasta ahora ha sido humedecida diariamente, da á la figura un aspect-



to hermoso y lleno de vida, pero por desgracia no lo conserva al secarse y aparte de que en este estado no posee la necesaria firmeza, se engrieta por todas partes.

El escultor se ve, pues, precisado á poner su figura en manos del vaciador en yeso, el cual hace de esta materia, la llamada "forma perdida." En ésta, después que el modelo de arcilla que queda destruido, ha sido sacado á pedazos y ha sido lavado el espacio hueco, se vierte el yeso; al endurecerse éste, se arranca á pedazos la forma (de aquí la expresión: "forma perdida") y lo que antes era arcilla, lo tenemos ya convertido en yeso.

Esta operación parece fácil, pero en ocasiones es muy complicada, razón por la cual, aclararemos el procedimiento que se emplea, tomando por ejemplo un busto. Al modelo de arcilla se le rodea con una cinta de zinc, colocada de canto, que como se verá en la lámina número 2, parte de la base y pasa por los hombros, la oreja y la parte superior de la cabeza, y baja por el otro lado de la misma manera, quedando así el busto dividido en dos mitades; luego se hace una mezcla de yeso con agua y tierra colorada y con esta masa se cubre una de las mitades del modelo con una capa de 4 á 8 milímetros de espesor, teniendo cuidado de que penetre en todas las cavidades sin hacer borbojas. Al endurecerse esa masa, lo cual sucede en cinco ó seis minutos, se pone encima otra capa más gruesa de yeso blanco y luego se repite toda la operación en la otra mitad. Se saca después con unas tenazas la cinta de zinc y en la ranura que ésta deja abierta se meten unas cuñas. El modelo de arcilla queda echado á perder, pero la forma de yeso, dividida en dos mitades que ajustan perfectamente, nos da el negativo exacto del trabajo. Ya no hay más, sino quitar á ambas mitades los últimos restos de arcilla, lavarlas bien, untarlas con aceite y unir las de nuevo para empezar la verdadera fundición. Se vuelve á hacer una mezcla de yeso, que se vierte en la forma por un agujero y sacudiéndola de manera que el yeso ocupe perfectamente el puesto que ocupaba la arcilla.

Al endurecerse esa masa, se quita con martillo y cincel, primero la capa blanca y luego la colorada. Operación que requiere gran cuidado.

Con más ó menos variaciones, es este el procedimiento que se emplea para vaciar en yeso; más difícil en las obras grandes porque la forma tiene que dividirse en varias partes, y más fácil en los bajo-relieves.

Ya convertido en yeso lo que antes era arcilla, no queda sino uno que otro desperfecto que corregir, pero la obra, por lo menos en lo que respecta á la acción artística, está ya terminada. Lo que le falta ahora es el atractivo que la prestará el material de que vaya á ser hecha. El yeso, que en la ejecución ofrece grandes ventajas, para el caso vale poco ó nada. Su blancura gredosa no permite poderle comunicar vida y aunque se le quisiera dar algún tinte, siempre quedaría sin expresión. De su solidez tampoco se puede hablar, sino cuando se le compara con la deleznable arcilla, pues al aire libre pronto se echa á perder y á cubierto no presta gran resistencia. El modelo de yeso no es pues sino un pasaje para la ejecución en otro material más noble y duradero: bronce ó piedra y para las principales obras de arte, mármol.

Debe hacerse observar, sin embargo, que lo que se va á hacer ahora es copiar, reproducir, cosa que requiere á menudo gran habilidad, pero de ningún modo, es creación artística. Esta,

con el modelo de arcilla ó si se quiere, con el de yeso, ha terminado su misión; el artista que ya puede llevar su fantasía á otras creaciones, entrega su obra en manos del fundidor en bronce ó en las del escultor en piedra.

Iríamos demasiado lejos si nos pusiéramos á explicar el complicado procedimiento de la fundición en bronce; esto merece ser tratado aparte y por lo tanto nos ocuparemos sólo del trabajo en mármol, por el cual siente el vulgo particular admiración, algo así como una ingeniosa consideración que hace que se tome al mármol como la parte esencial de la escultura, circunscribiendo las creaciones de esta á la vidriosa piedra y colocando así por sobre la idea lo que viene sólo á formar una parte de la vida en la obra. No para disminuir el mérito de los hábiles trabajadores en mármol, sino tan sólo para mostrar á la admiración su verdadero carril, debemos manifestar que el trabajo en mármol, aparte de la habilidad necesaria en la ejecución del desnudo, de los cabellos ó del vestido, no es otra cosa sino simple copia llevada á cabo por medios mecánicos.

El procedimiento para trabajar en mármol, lo explicaremos con un ejemplo fácil, en el cual nos referiremos á las figuras números 3 y 4. Es sabido que marcando ad libitum dos puntos en un plano, se puede designar un tercero que esté á igual distancia de ambos; además de esos dos puntos, marcarémos otro que nos dé la altura, y suponiendo que se quiera ejecutar un bajo relieve en una superficie cuadrada, este último se elegirá de manera que estando los dos primeros en los extremos de uno de los lados, el tercero se encuentre poco más ó menos en la mitad del lado contrario. Se designa después en el bloque de mármol la superficie del modelo, y se marcan los tres puntos que habíamos puesto en éste, exactamente en los lugares correspondientes, cuidando de que el espacio que

haya de contener las figuras quede bastante sobresaliente. Luego se marca un punto en el lugar más alto del modelo y se toma la distancia que lo separa de los tres puntos primitivos, por medio de tres compases. Se coloca luego un brazo de estos en cada uno de los puntos que le correspondan en el bloque de mármol y los tres brazos restantes deben encontrarse en un mismo punto, á menos que la piedra sobresalga demasiado, en cuyo caso y después de medir muy bien, se rebaja del mármol todo lo necesario para que los compases se encuentren en un punto, que corresponderá exactamente al lugar más alto del modelo, pudiendo el trabajador rebajar tranquilamente lo que haya más alto que ese punto. De la misma manera se van marcando los demás lugares por orden de altura, hasta que tanto el modelo como el mármol, ofrezcan el aspecto de una verdadera red de puntos separados por distancias de centímetros y teniéndolas por base, ya puede el artesano trabajar con entera tranquilidad. En esta ejecución se requieren más condiciones artísticas, pues se trata de empuñar los más variados cinceles, barrenas y raspas y llevar á cabo ya el fino dibujo de la piel, ya el del pelo y el vestido; es decir, es necesario transmitir á la dura piedra, la vida que el artista había comunicado á la arcilla.

Con este procedimiento que se llama: "puntear con tres compases," no se pueden ejecutar sino bajo-relieves ú obras por el estilo. Las obras de otra naturaleza requieren instrumentos especiales como se verá en la lámina número 5; pero por distintos que sean los medios que se empleen, queda siempre en pié la aseveración de que para ello no se necesita genio, sino simplemente habilidad mecánica. El que haya visto alguna vez el extraordinariamente largo y pesado trabajo de un escultor en mármol, comprenderá que un verdadero artista perdería en él su mejor tiempo. Además, en la actualidad se da tanto valor á la habilidad mecánica, que sólo lle-



garía á alcanzar éxito quien tuviera eternamente en las manos el martillo y el cincel.

Ya que hemos seguido paso á paso la obra hasta su terminación en mármol, réstanos dar á conocer una especie de complemento, que sufren particularmente las obras de yeso. Es asunto del vaciador y tiene por punto de partida el modelo que hemos visto salir de la "forma perdida." Suponiendo que se trate de un medallón, advertiremos que se puede hacer de dos modos, pero lo más corriente es hacerlo por medio de una forma de cola ó gelatina. Sobre el modelo, previamente barnizado y untado de aceite, se extiende una capa de arcilla de un dedo de grueso más ó menos, y esta á su vez se cubre con otra más fuerte de yeso. Al endurecerse ésta, se la aparta, se quita la arcilla y se vuelve á poner en su lugar la referida capa de yeso. Como es natural, entre ella y el modelo queda un espacio vacío, que por medio de un agujero se llena de cola líquida, y á las tres ó cuatro horas se enfría esta, hasta formar una masa elástica en la cual quedan impresos todos los detalles del modelo. Todavía esta masa necesita ser barnizada y aceitada y da así la forma para una sucesión de fundiciones, tanto tiempo como dilate en secarse la cola á causa de la evaporación. Una de las ventajas de este procedimiento es la facilidad para llevar á cabo la operación, y además que salen las figuras pequeñas sin empate y las grandes con uno tan sólo. No se podría hacer de la misma manera una forma de yeso, porque es claro que éste se pegaría en todas las profundidades de las cuales es fácil sacar la cola; así pues, una forma de yeso debe constar de tantas partes como sean necesarias para sacarla cómodamente. Teniendo cuidado con ellas,





estas formas se conservan bien, pero tienen la desventaja de presentar muchos empates á la vista. Más ó menos bien trabajadas, todas las figuras de yeso que vemos en los establecimientos mercantiles, han sido hechas empleando este mismo procedimiento; algunas veces se las da un baño de estearina hirviendo, y entonces al yeso se la llama pasta de marfil.

Hay que mencionar todavía las figuras de barro cocido, á las cuales se las divide en pequeñas partes, se las une luego y se las cuece, para lo cual necesitan estar huecas. Como para unir las á la perfección se necesitaría que lo hiciera un artista, y esto raras veces sucede, resulta que su mérito es escaso, razón por la cual no se las debe confundir con las figuras originales de terracotta que se ven en las exposiciones de arte. En estas últimas se nota el legítimo trabajo artístico, que después de modelado fue inmediatamente secado y cocido, y naturalmente estas obras obtienen un precio mucho más elevado que aquellas.

Para finalizar este artículo, insistimos en que el nombre de "escultor" que antiguamente no era del todo injustificado, no tiene hoy en día razón de ser. El artista no "esculpe," no "cincela el bronce" como se lee á menudo en las novelas; él se limita á modelar. Puede haber una que otra excepción, pero esta es la regla general y es también el motivo por el cual en vez de escultor, debería llamársele "modelador."

REVISTA DE LA QUINCENA

SUMARIO:

La Manteca

LA COMPAÑIA RONCORONI

LAS CARIÁTIDES

Algo más sobre el revolver

"VIAJERAS"

INVASION

MUNIFICENCIA

Las pascuas

Se trata de una cosa muy seria. Tan seria como que es una de aquellas sin las cuales casi no podríamos vivir, porque casi es imposible, si no imposible mismo, vivir sin reponer las pérdidas constantes de nuestro organismo por medio de la alimentación y los agentes exteriores. Una de las cosas que más consume la máquina del

cuerpo humano en su incesante acción es la grasa, y de consiguiente ella entra por mucho en la confección de nuestros alimentos, con la denominación corriente entre nosotros de *manteca*. Así, pues, era natural creer que sin *manteca* casi no podríamos vivir; pero la especulación mercantil, dándose á meditar sobre las presentes evoluciones de la especie humana, y teniendo en cuenta que el mejor coronamiento para el siglo de las luces que ya espira, es favorecer la actual evolución de nuestra especie, de modo que pase de la figura á la realidad aquello de *la luz de la razón*; la señora Especulación Mercantil, decimos, amiga de meterse en todo como la generalidad del sexo femenino [dicho sea con perdón y sin ofender] ha resuelto convertir al hombre en bujía, nutriéndole con estearina.

Economía, comodidad y otras ventajas fáciles de comprender, se desprenden del moderno sistema de alimentación con estearina. Y, si no, vamos á ver:

Entra usted de noche en su habitación y en vez de andar á tientas en busca de la bujía, con riesgo de romperse la crisma, saca de la faltriquera un pedacito de mecha que llevará consigo, se lo pone entre los dientes á manera de cigarro, raspa usted una cerilla, la aplica á la mecha y héle ahí convertido en bujía de primera clase. No de las de cuatro en libra, sino de las de docena en tonelada. ¿Quiere usted apagar la luz? Escupa usted la mecha, y á dormir.

¿Se dá un baile y se quiere economizar en el alumbrado? Nada más sencillo: póngase al pie de la invitación esta frase: "se suplica la mecha." Cada convidado llevará en la boca su cigarrillo de pábilo y habrá iluminación á *giorno*.

Hasta la moda se ha asociado á esta idea por todo extremo luminosa. El *polizón*, los trages con mucha tela, las caderas, todo va cayendo en desuso entre las damas, cuyos cuerpos van buscando la forma de la bujía, por obra y gracia de la evolución.

Doña Especulación Mercantil no ha querido bautizar todavía su producto estearico, y sigue ofreciéndolo al consumo con el nombre de *manteca*. Esto le expone á frecuentes sinsabores, como los que, sin ir muy lejos, acaban de hacerle pasar la Aduana de La Guaira y el Laboratorio Municipal. Este último sobre todo es muy curioso y amigo de llamar cada cosa con su nombre: al pan, pan; al vino, vino; á la manteca, manteca; á la estearina, estearina.

—¿Y á los que comemos platos guisados con sebo?
—Zopencos!

**

La compañía dramática italiana que dirige el

aplaudido actor don Luis Roncoroni no ha alcanzado en esta vez el éxito halagüeño de su primera temporada, sea porque ya no la acompaña el prestigio de la novedad, sea porque los artistas de ahora no gustan al público tanto como los que vinieron la primera vez, sea porque después de la crisis carece el público de holgura para gastar en diversiones el dinero, ó sea todo á un tiempo; es el hecho que al teatro Caracas acude poca gente. Es esto de sentirse por lo poco seductora que se hará nuestra capital para las empresas artísticas extranjeras que aquí vienen por su propia cuenta, las que, de algún tiempo para acá, han gustado más al público que aquellas otras tan costosas para la nación, subvencionadas por ella.

Varias piezas del repertorio anunciado han sido representadas hasta ahora por la compañía Roncoroni, obteniendo cada una éxito distinto. Algunas como *Odeta*, *Durand y Durand*, *El Dominó Rosado* y *Bebé*, y en general todas las que se adaptan por su género á las facultades de los artistas en conjunto, han alcanzado más aplausos para la compañía que obras como *Patria*, *Felipe Derblay* y *Fédora*, las cuales requirieron para su desempeño un conjunto de artistas más armónico con la naturaleza de las pasiones que en ellas se pone en juego para el desarrollo de la acción dramática.

No caiga en desaliento al señor Roncoroni. Visítenos más tarde con nuevos y escogidos artistas cuando haya mejorado nuestra situación económica, y no tendrá sino motivos para felicitarse por su vuelta á Caracas.

**

La prensa pide que se aproveche la circunstancia de estarse refaccionando el Palacio Federal, para que las cariátides de marras sean sustituidas por cualquiera otra cosa que lejos de afean embellezca el edificio.

Apoyado.

Las cariátides en cuestión representan la una á la Justicia y la otra á la Libertad. Hasta ahora han estado allí muy bien, como que representaban fielmente nuestra justicia y nuestra libertad de antaño; pero que las quiten ogaño. Y tan fielmente representaban aquellas cosas, que la Justicia tiene en la diestra tamaño machete. En cuanto á la Libertad, tan desmedrada, á juzgar por lo escuálido de las piernas y brazos; medio vestida de guñapos, y oprimida, sumamente oprimida, ustedes sabrán por qué, no hay nada que decir: representa fielmente lo que ha estado representando.

A lo menos, si es que ha de haber cariátides á toda costa, que pongan otra Justicia y otra Libertad más gorditas, que parezcan más contentas de estar allí sosteniendo el templo de las leyes; pero no como las actuales, que están pidiendo á gritos que las quiten. Si es que se despegan solas!

**

Algo hemos adelantado después de nuestra última revista en lo relativo á armas: se ha recargado en un cincuenta por ciento el derecho de importación de las armas blancas y de fuego. Aplaudimos con entusiasmo toda tendencia á corregir el funestísimo abuso de que dimos cuenta en nuestra crónica anterior.

Creemos que el revolver merece una excepción, por la circunstancia de que la espada, el fusil, la escopeta, etc., son armas que no pueden llevarse ocultas, mientras que el revolver por sus reducidas dimensiones se presta á que se burle la vigilancia de la policía, caso de haberla. Hay una notabilísima diferencia entre esta arma y las otras. Es mucho más peigrosa, es mucho más barata, se puede llevar oculta y es la más mortífera desde que pueden hacerse con ella muchos disparos sucesivos.

Si se prohibiera en absoluto la venta de revolvers, y se impusieran muy severas penas á los contravntores de la medida, creemos que habría menos desgracias de las que diariamente lamentamos.

**

Con amable dedicatoria nos ha enviado Miguel Eduardo Pardo un volumen de publicación reciente y titulado "Viajeras", de que es autor, y donde ha reunido algunos escritos y poesías que conservaba inéditos. Antes de todo gracias al amigo por el obsequio.

Asuntos varios en que la pluma de Pardo se exhibe fácil y galana, dan motivo á los diferentes capítulos del libro. Abunda éste en cuadros de nota-

ble animación como los que llevan por nombre "El Encuentro" y "El día siguiente;" contiene descripciones como la del teatro de Tacón, que acreditan á su autor en este género; y donde quiera se siente el aliento de una inteligencia viril, se descubre el gusto bien cultivado, y se saborea el estilo fácil, abri-llantado por los atavíos de que se muestra rica la fantasía del autor.

De las poesías mucho nos ha gustado la titulada "Mi mejor verso" por la naturalidad del pensamiento y la sobriedad de la forma, no menos que por la originalidad de la idea.

**

Vaya una cordial felicitación al talentoso amigo.

En los palcos, en el foyer, en la retreta, en victoria todas las tardes, en donde quiera se presenta á nuestras familias el desagradable espectáculo de la desfachatez vestida de seda y cubierta de joyas. La cosa empezó *piano*—*pianito* y ya ha llegado á ser una verdadera invasión de mariposas multicolores, pero venenosas.

Bueno está eso para otras tierras muy populosas, donde cada medio mundo es desconocido para el otro medio. Sobre todo, allá huyen las familias recatadas de los lugares donde se verifica la invasión; pero es porque tienen para donde huir, porque hay sitios á los cuales podrá ir la desverguenza, pero si lo hace es disfrazada, ó mejor dicho de incógnito; allí como en todas partes la virtud tiene su puesto y la insolencia el suyo. Pero aquí ¿para dónde huyen nuestras familias? ¿Se verán condenadas á escoger entre eterna reclusión y codearse á cada paso con las hijas del vicio?

¿De parte de quién se debe poner la policía? ¿De parte de la virtud ó de parte de la depravación? La libertad no debe extenderse nunca hasta los que ultrajan el decoro público.

**

La calle que conduce al Monte de Piedad presenta en estos días un espectáculo doloroso y consolador al mismo tiempo. No hay en ello paradoja. De la esquina del Padre Sierra á la de Muñoz hay un hormigueo de gente que hace detener al transeunte sorprendido. Desde los alrededores del Palacio Federal se empieza á notar la afluencia de personas y vá aumentándose por grados la multitud hasta que en la puerta del Monte de Piedad el pueblo se apiña y forcejea por entrar. Toda es gente que tenía empeñada alguna prenda por valor de cincuenta céntimos á cuatro bolívares en el período trascurrido del 15 de marzo al 7 de octubre último. A todas las exige de la obligación de rescatar la prenda un acto espléndido de munificencia de la señora Jacinta de Crespo.

Cuántos episodios de dolor, cuántas lágrimas, cuántos días sin pan, cuánto enfermo sin asistencia, cuánta secreta angustia, cuántos dramas de miseria acuden á la mente del que presencia el espectáculo de aquella muchedumbre de personas cada una reclamando alguna cosa. Ya es un anciano que sale apretando entre los brazos una manta, el único abrigo de sus miembros ateridos; ya es una pobre mujer que sonriente contempla de nuevo entre las manos el biberón del pequeñuelo; por allí va una pobre niña enjugando el llanto con el pañuelo que cubrió el rostro de su madre muerta; ahora es una viuda que vuelve á ver en su sitio el anillo nupcial que hubo dejado en el Monte de Piedad con la mitad del alma, para darle pan á la otra mitad, al hijo que estrecha contra el seno; ahora, en fin, es una doncella que registra en un viejo cofrecito de costura, refugio del honor contra los embates del hambre!

Ya no corren esas lágrimas!

**

Dice un proverbio vulgar que "por las visperas se saca el santo", y como estamos, puede decirse en visperas de pascuas, es tiempo de que vayamos echando nuestras conjeturas sobre cómo se presentarán aquellos días que nos prometen temperatura fresca, aguinaldos, succulentas hallacas y expansiones del espíritu.

Temperatura fresca parece que la tendremos, á juzgar por las mañanitas y las noches de ahora. ¿Habrá aguinaldos? Este punto es algo oscuro dada la situación en que la crisis ha dejado á los bolsillos. Las hallacas son de ene, y cuánto á las expansiones del espíritu son de absoluta necesidad y las tendremos, por virtud de aquella ley de alterabilidad á que se sujeta nuestro destino y que otro aforismo vulgar expone con estas palabras: "una de cal y otra de arena."

Las pascuas van perdiendo entre nosotros su antiguo carácter, á medida que perdemos nuestras sencillas costumbres de abolengo. En otros tiempos que no vacilamos en calificar de mejores que los que alcanzamos, porque eran de calma y abundancia, las pascuas se anunciaban con la visita del niño Jesús de la parroquia, que llegaba como mensajero de paz á nuestros hogares, encerrado en su caja de cristales llena de cachivaches para admiración de los chicos. ¿Cuál de nosotros no recuerda haber pasado horas enteras contemplando con ojos codiciosos las ovejitas de algodón, los platillos de porcelana, los bracitos y piernitas de plata pendientes de vistosas cintas, y aquellos lujosos vestidos del niño llenos de bordados de oro, y las potencias del mismo metal, aquellas potencias relucientes que colmaban nuestra admiración? En las calles se cruzaban las fuentes copadas de apetitosas hallacas que trascendían á alcarrones, con las monumentales compoteras donde nadaban en pardoceo almibar correasas lonjas de lechosa. Por las noches las familias salían como en procesión á visitar los nacimientos. La entrada era libre á las casas donde se exhibían aquellos, los que eran instalados en la pieza más espaciosa y en torno de ella, quedando el centro despejado para comodidad de los espectadores. Desde la calle se sabía en qué casa había nacimiento por el olor de *barba de palo* que salía por las puertas y ventanas. ¡Que fascinación la que en nosotros ejercían las lagunas simuladas con espejitos, los almázcigos de maíz, las ovejas de papel picado, y aquella estrella trasparente con su luz por dentro, y casi tan grande como el pesebre! En las casas rumbosas se obsequiaba á las familias amigas con vasos de caratillo y con rosquetes, y se cantaban aguinaldos con acompañamiento de guitarras maracaiberas.

De todo aquello no queda ya sino las hallacas; y quedarán mientras tengamos buen paladar y apetito.

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Hemos sido favorecidos por *El Pabellón Español*, órgano de la colonia española de Venezuela del cual es director y fundador el señor Rafael Illan. Corresponemos al saludo que dirige á la prensa del país.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

ni se entristecía cuando no había diversiones, y cuando tenía que desempeñar sus obligaciones y deberes domésticos, lo hacía de buen talante sin murmurar ni quejarse. De modo que cuando ocurrió el naufragio que puso un término á su existencia feliz en la morada de su hermana Margarita en Kensington, guardó sus vestidos de seda, se endosó sus trajes sencillos, y regresó á Highgate, habiendo prorrumpido en llanto tan sólo una vez y eso más bien por su hermana que por lo que ella perdía con el cambio. ¡Y cuán grande había sido éste para ella!

Cuando se hizo evidente que el estilo artístico peculiar de Potter había pasado de moda con tanta prontitud como se había entronizado, y que no se podía contar con él para que sufragara los gastos de la familia, nos pareció á Juana y á mí que era llegado ya el momento en que Horacio Clinton debía casarse con Cecilia, y me aventuré á indicárselo válido de mi calidad de antiguo amigo de la familia. Horacio me habló entonces con toda franqueza y sinceridad, y me demostró lo poco conveniente que sería que el casamiento se llevara á efecto á la sazón.

Horacio, como ya he dicho, era un joven excelente, y estoy seguro de que si hubiese dependido sólo de su cariño y deseos, ya haría tiempo que se habría casado con Cecilia. Pero tenía una madre enferma y una hermana soltera que debía mantener desde el fallecimiento de su padre, y estas dos mujeres eran en extremo exigentes y egoístas. Gastaban todo lo que el joven ganaba, y no contentas

con mantenerle en la pobreza, deseaban que permanciese soltero. Por otra parte Cecilia no era muy del agrado de las dos mujeres: ellas exageraban sus faltas y hacían todo cuanto podían para prevenir á Horacio en su contra, previendo que los gastos que ocasionaría una esposa necesariamente disminuiría la suma de dinero de que ellas podrían disponer. Como él no podía echar á la calle á su madre y á su hermana, y carecía de los recursos necesarios para sostener dos casas por separado, si se casaba tendría que llevar á Cecilia á vivir bajo un mismo techo con las dos envidiosas y poco caritativas mujeres, lo que no habría sido muy agradable para su joven esposa. Como él mismo me dijo, y no sin razón: "Su vida hubiera sido en extremo miserable."

Abregaba sin embargo la esperanza de que este estado de cosas no duraría muchos meses, pues había un viudo que hacía la corte á la señorita Clinton, y ésta había decidido casarse con él tan pronto como le pidiese la mano de esposa, en cuyo evento su madre iría á vivir en compañía de su yerno. Pero de todo esto yo no debía decir una palabra, no fuera que por arte del diablo llegase la cosa á oídos del viudo, y de puro susto levantase el pie de la casa. Prometí á Horacio guardar fielmente el secreto, y bebí al buen éxito del casamiento de su hermana.

Por lo tanto Cecilia tuvo de nuevo que buscar el modo de librarse la subsistencia. Publicó un anuncio en el *Times* solicitando la plaza de institutriz en una familia privada. El mismo día que se publicó el anuncio se presentó en casa de Potter la señora de Leclerc que venía á visitar á las muchachas. Era dicha dama la señora que por intercesión de Motley había en otro tiempo empleado á Cecilia. Era una persona muy viva y amable, y después de saludar á Cecilia de la manera más cordial, le dijo:

—Mi querida Cecilia ¿ha encontrado ya usted algún empleo?

Cecilia replicó que nada había encontrado aún.

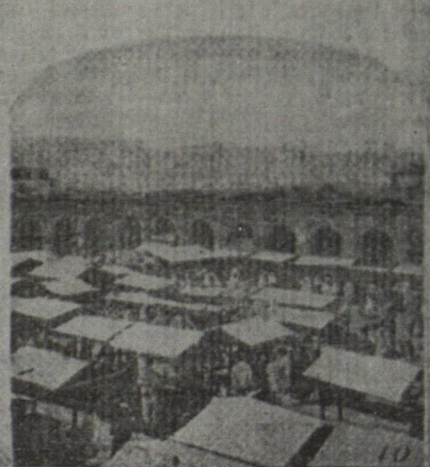
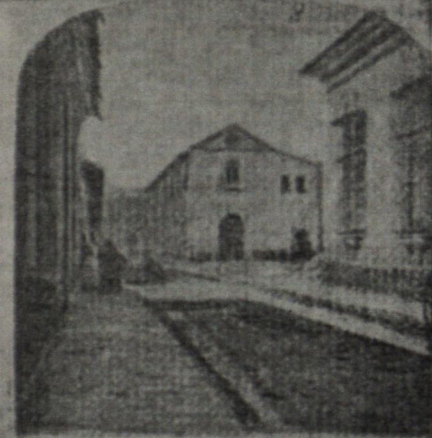
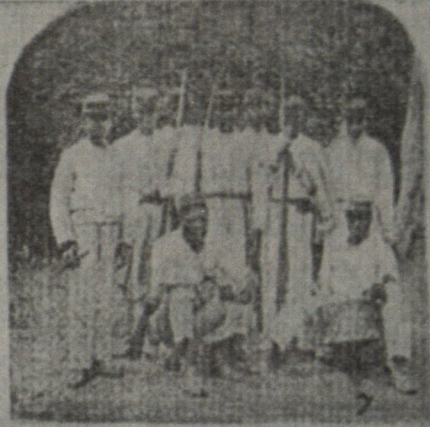
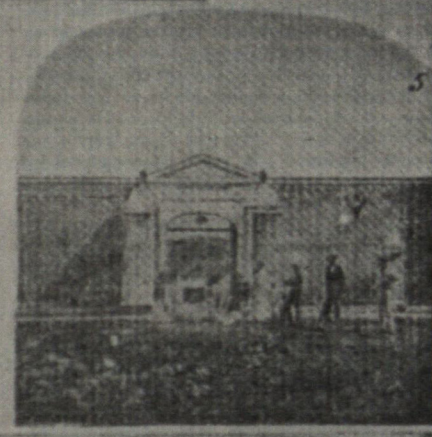
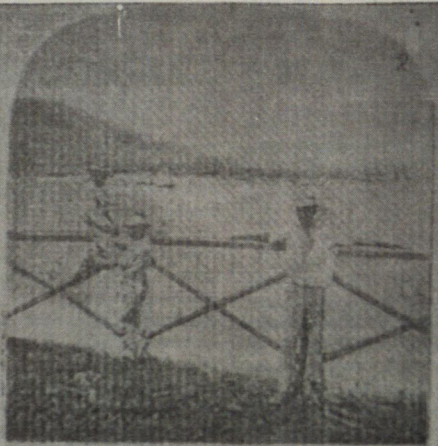
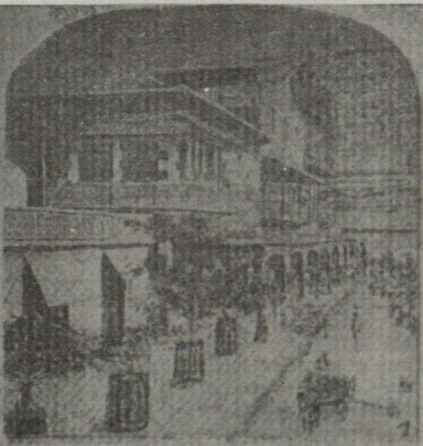
—En ese caso, dijo la señora de Leclerc, venga usted conmigo. Desde el infortunio de que ha sido víctima Harlowe, á quien compadecemos de todo corazón, hemos estado pensando en usted; y si no hubiera temido herir su sensibilidad, le habría suplicado antes de ahora que volviere de nuevo á dar lecciones á mi niña, que se niega á aprender con otra persona.

Se convino, pues, que Cecilia iría, como antes, á dar lecciones á la hija de la señora de Leclerc. Esta dama, toda entusiasmada, deseaba que Cecilia residiese en su casa, pero la muchacha no accedió por consideraciones á Horacio, y Juana pensó también que sería más conveniente que sólo fuera á dar lecciones y regresara á casa, porque necesitaba de constantes consejos y advertencias, los que no era fácil recibirse de una persona tan ligera como la señora de Leclerc.

De nuevo empezaron, pues, á brillar mejores tiempos para Cecilia. Nada podía exceder la bondad é indulgencia de la señora de Leclerc y su esposo. La sencillez de Cecilia, su lindo rostro, sus maneras afectuosas, le ganaron el corazón de todos los de la casa. Era tratada como un miembro de la familia, más bien que como una persona cuyos servicios se pagaban con un salario. La señora de Leclerc la mimaba como á una niña, regalándole joyas y adornos, llevándola á conciertos, invitándola á que tomase parte en las fiestas domésticas, haciéndola conducir á su morada en carruaje cuando había mal tiempo,—en una palabra, echándola á perder é inutilizándola para toda ocupación seria. Lo peor era que sabíamos cuán poco puede uno fiarse de estas personas impulsivas y entusiastas, que el capricho de un momento convierte de amigos en enemigos.

Todo fué bien durante algún tiempo: entonces Juana empezó á inquietarse. La señora de Leclerc había concebido el capricho de que Cecilia se casara con un hombre que fuera más que un oscuro artista, y la alentaba en el terreno de ciertas coquetterías que eran, por lo menos, innecesarias. La semi limpieza de la muchacha y su poco mundo la hacían avanzar bastante en ese terreno. Tengo la seguridad de que amaba á Horacio con todo su corazón, y no se sentía inclinada á sacrificarlo á nadie; sin embargo, se ponía á coquetear sin darse cuenta de ello, y sin pensar lo más mínimo en lo que estaba haciendo.

Continuad



1 Aduana de La Guaira
 4 Calle Sur 4
 7 Un piquete de voluntarios
 10 Interior del Mercado antiguo

2 A orillas del mar en La Guaira
 5 Entrada al Matadero
 8 Antiguo San Felipe
 11 Parte del Mercado de San Jacinto

3 Antigua capitania de puerto de La Guaira
 6 Entrada á Las Palomeras
 9 Casillas del Mercado que se quemaron

REVOTINA

Allegro

Por A. D. Saumell

Piano

pp

pp

pp

pp

p sempre

poco ritardato

pp

dim.

pp

scad

ff

1. Ped.

pp

2. Ped.

This page of musical notation is for the piece "El Cojo Ilustrado". It consists of ten systems of staves, each with a piano part on the left and a vocal part on the right. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

Key performance instructions and dynamics include:

- Dynamic markings:** *pp*, *ppp*, *f*, *dim*, *attaca*.
- Tempo and Performance Instructions:** *rall.*, *atempo*, *1^o Ver.*, *2^o Ver.*, *1^o tempo*.
- Other markings:** *Ped.*, *rit.*, *do*, *Mob.*, *Vivo*.

The piece features complex piano accompaniment with many chords and arpeggios, and a vocal line with various melodic phrases and lyrics.